

César Rengifo

Un tal Ezequiel Zamora



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte



CÉSAR RENGIFO

Nació en Caracas el 14 de mayo de 1915. Escritor, artista plástico, periodista. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Caracas entre 1930 y 1935. En 1937 vivió en México y tuvo contacto directo con el movimiento muralista mexicano. De regreso a Venezuela en 1938, se involucró en las luchas políticas, afiliado al Partido Comunista. Reportero, redactor y coordinador de páginas culturales, formó parte del equipo fundador del diario *Últimas Noticias* en 1941. En 1953 fue fundador del grupo teatral «Máscaras», dedicándose por entero a la dramaturgia y la puesta en escena. Paralelamente, su actividad pictórica le valió galardones en los salones de arte de la época, y el Premio Nacional de Pintura en 1954. Entre 1954 y 1955 ejecutó su famoso mural dedicado al héroe mítico caribe Amalivaca en el Centro Simón Bolívar. Fue Director de Extensión Cultural de la Universidad de Los Andes de Mérida entre 1958 y 1960. Desde 1959 concurreó con sus obras al Festival de Teatro Venezolano, obteniendo varios premios. En 1980 se le otorgó el Premio Nacional de Teatro, poco antes de fallecer, el 2 de noviembre, en Caracas.



Un tal Ezequiel Zamora

1848-1858

Un tal Ezequiel Zamora

1848-1858



César Rengifo

Un tal Ezequiel Zamora

*Drama con un prólogo
en dos cuadros y tres actos*



Colección Biblioteca César Rengifo

2ª Edición. Fundarte 2015

Colección Biblioteca César Rengifo - N° 6

© Fundación para la Cultura y las Artes, FUNDARTE 2015

Un tal Ezequiel Zamora

CÉSAR RENGIFO

Imagen de portada

Título: *El campamento de peones*

Autor: César Rengifo

Técnica: Óleo sobre tela

Año: 1956

Al cuidado de: HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.

Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: N° If2342011900191

ISBN: 978-980-253-470-8

FUNDARTE. Av. Lecuna. Edif. Tajamar. PH

Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Telfax: (58-212) 5778343 - 5710320

Gerencia de Publicaciones y Ediciones



Auto-retrato, El sol rojo, 1979

COLECCIÓN BIBLIOTECA CÉSAR RENGIFO

La permanente obsesión artística de César Rengifo (1915-1980) fue la de captar, representar o expresar lo que él concebía como la esencia de la venezolanidad. Integrante de una generación que cobró conciencia en medio de las luchas contra el gomecismo, Rengifo hizo suya la misión de resaltar o, en su defecto, encarnar, la manifestación de un espíritu nacional.

Esa esencia o espíritu propiamente venezolano aparecía a sus ojos impregnado del sufrimiento humano y de la injusticia social que caracterizaron la Venezuela del siglo xx que le tocó presenciar, y de los cuales quiso asumir una incansable denuncia con los medios expresivos que le parecieron, en su momento y en sus circunstancias, los más genuinos y auténticos.

Fue quizás el primero en plantearse con total firmeza la noción del arte como compromiso social, tal como entró en vigencia en las discusiones de los movimientos revolucionarios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a la vez que se insertaba en la tradición del nacionalismo histórico representado, entre otros, por Mario Briceño Iragorry, a quien Rengifo admiró, ahora replanteado desde el materialismo histórico como postura anticapitalista y antiimperialista.

Creador polifacético, formado durante años en la Academia de Bellas Artes de Venezuela y en contacto con el movimiento muralista mexicano, su legado más prolífico y consistente se halla en su obra teatral, por la que ha sido considerado como el iniciador de la dramaturgia contemporánea venezolana.

El teatro de César Rengifo, que comprende cerca de cincuenta piezas, ha sido clasificado como abarcando cuatro grandes ámbitos: el histórico (con obras como *Lo que dejó la tempestad* y *Oscéneba*); el político (con *¿Por qué canta el pueblo?* o *Muros en la madrugada*); el social (con *La fiesta de los moribundos*, *La esquina del miedo* o *La sonata del alba*) y el psicológico (con *Yuma o cuando la tierra esté verde* o *En mayo florecen los apamates*).

Un tal Ezequiel Zamora

Drama con un prólogo en dos cuadros y tres actos

Personajes del prólogo

DON ELISEO: Un distinguido señor hacendado.

MÉREZ: Brigadier, joven descendiente de las más distinguidas familias del país.

ANACARMEN: Madre del brigadier Luis Mérez. Dama de abolengo. Viuda de un gran hacendado, 45 años.

CRIADA: 18 años, aparenta más, negra.

ORDENANZA DEL BRIGADIER MÉREZ: 30 años

Personajes de los actos

JUAN YARÍ: Padre. 60 años. Alto, flaco, enérgico.

GUADALUPE YARÍ: Madre. 60 años. Delgada, nerviosa.

CARLOS: Hijo mayor. 24 años.

JOSÉ ANTONIO: Hijo menor. 20 años.

UNA MUJER CON UN NIÑO DE MESES: 30 años, aparenta más.

GEMA: La hija más pequeña de los Yari. 17 años

UN OFICIAL CENTRALISTA: Duro, rechoncho, 40 años.

MAYORDOMO: Edad indefinida.

Soldado 1

Soldado 2

UNA MUCHACHA: 24 años.

EL ADIVINO: Alto, flaco. Edad indefinida.

FRANCISCA: 50 años, aparenta mucho más.

HERIDO: Brigadier Mérez herido.

CABO

OTRO SOLDADO

CAMPESINOS GUERRILLEROS.

Acción

El prólogo en Caracas. Los otros actos en las sabanas de Barinas, cerca de El Real.

Época:

1859

PRÓLOGO

Oscuridad en la escena. Segundos después se ilumina la escena en la habitación del joven brigadier Luis Mérez, situada en el piso alto de la mansión de la rancia familia Mérez, en Caracas. Hay una puerta a la derecha y una amplia ventana al fondo, cubierta con cortinas de damasco rojo, corredizas, en cuanto a muebles hay: un armario, una mesa, un escritorio con libros, un reloj, mapas, lápices, compases y una lupa grande. Sobre una silla están un quepis, unas pistolas y una blusa militar. Hay cierto desorden en la estancia, por preparativos de viaje. El brigadier Mérez arregla en el pequeño baúl su equipaje de campaña. Está en camisa, lleva pantalón militar y botas altas, cuida que nada se le quede mientras conversa con don Eliseo Rojas, quien ha ido a despedirle. Mérez esa misma tarde se incorpora al Estado Mayor del general Silva, quien comanda el Ejército gubernamental que ha de entrar en campaña para combatir el brote armado de los federales, surgido recientemente.

DON ELISEO: (*Con aire muy señorial*) ¡Lo vengo repitiendo por todas partes! ¡No podemos permitir que se impongan el desorden y la anarquía! Porque, mi joven amigo, anarquía y desorden es lo que quieren Zamora y esos otros aventureros que se le han unido.

MÉREZ: ¡Nadie lo duda!

DON ELISEO: ¡Qué sería de Venezuela si esa gente entra triunfante a esta ciudad! ¡Pobre Caracas! ¡Las hordas de Atila! ¡Las doncellas y las matronas de la aristocracia caerían víctimas de esos nuevos hunos!

MÉREZ: ¡No sucederá eso! ¡Son guerrilleros, no militares! ¡Se escurrirán al ser golpeados por la táctica profesional!

DON ELISEO: ¡Eso es lo que les hace falta! ¡Sables diestros que los fustiguen como es debido!

MÉREZ: (*Tomando el sable y mostrándolo a don Eliseo*) ¡Una cosa es un machete y otra esto!

DON ELISEO: ¡Claro! ¡Claro! Por eso parece muy bueno que vayas a formar parte del Estado Mayor del Ejército Centralista. A esos cuatreritos hay que enfrentarles oficiales jóvenes, bien preparados, hijos de las mejores familias. Lo mismo que en la Roma antigua, lo mismo.

MÉREZ: (*Mirando el reloj y colocando algunos libros y mapas en el baúl*) A las seis en punto

debe salir el primer cuerpo de caballería; atrás irá el Estado Mayor.

DON ELISEO: Como te dije cuando llegué, por la familia no debes preocuparte; sabes que fui como un hermano de tu padre. Y en cuanto a tus haciendas, pierde cuidado, mantendré mi vigilancia sobre ellas.

MÉREZ: Le iba a pedir ese favor... Temo que los peones y los negros aprovechen todo este desorden de los federales para alzarse. ¡Aquello se arruinaría!

DON ELISEO: Al concluir el beneficio del café será bueno sacarlos. ¡Que se vayan! ¡Y los conuqueros y pisatarios lo mismo! ¡Bastaría que cayera entre ellos un solo federal para que se contagiaran! Son, como dicen ustedes los militares matemáticos, enemigos en potencia...

MÉREZ: Y no podemos tener enemigos dentro de las propiedades.

DON ELISEO: Despreocúpate, al concluirse lo del café le diré a los mayordomos que hagan una limpieza de gente. Después que pase todo esto se conseguirán más baratos.

MÉREZ: Será lo mejor... en cuanto a dinero, mamá y Julia Rosa tienen recursos en la casa. Creo que les alcanzará hasta que vuelva o se haga la entrega del café a los comerciantes ingleses.

DON ELISEO: Y si no puede venderse el café, en mi baúl hay morocotas...

MÉREZ: Gracias, no sabe cómo me conmueve su gesto...

DON ELISEO: Es mi deber. Ella es toda una señora de su clase. Y ha sabido dirigir su hogar...

MÉREZ: (*Sonriendo*) Y de qué manera. Desde la muerte de papá, hasta que regresé de Europa, ha administrado todo como un jefe...

DON ELISEO: ¿Qué dice de tu incorporación al ejército expedicionario?

MÉREZ: Se ha disgustado de tal manera, que no me habla desde que lo supo...

DON ELISEO: ¿Y por qué esa actitud?

MÉREZ: Considera que las abandono... además tiene un horror singular por las guerras civiles. (*Sonriendo*) No nació para vivir en este país.

DON ELISEO: ¡Es mujer!

MÉREZ: Se imagina todavía que estudié esta carrera únicamente para pasar mi tiempo en casa trazando planos...

DON ELISEO: Todas las madres son así. Pero cuando vuelvas victorioso y se percate de que con tu espada has contribuido a salvar la decencia

y el orden, te sonreirá como a un héroe, ya verás...

MÉREZ: (*Muy preocupado*) Si usted supiera, la he oído hablar con Julia Rosa. A veces creo que se ha dejado engatuzar por las prédicas de esos liberales demagogos.

DON ELISEO: No creas. Es una santa mujer; la bondad le cubre los ojos...

(*Muy a lo lejos suena un clarín y redoblan unos tambores. Mérez se acerca a la ventana descubre las cortinas y echa una mirada hacia fuera.*)

MÉREZ: Lllaman a formación de oficiales en el cuartel.

(*Entra una criada*)

CRIADA: Con el permiso del Don y del señorito, afuera solicitan a don Eliseo, dijeron que de parte del señor Ministro del Interior...

DON ELISEO: (*A la criada*) Dícales que ya salgo.

(*La criada hace una inclinación respetuosa y se va*)

MÉREZ: Está usted bien solicitado.

DON ELISEO: El señor Ministro quiere que me encargue de algo administrativo relacionado con el ejército.

MÉREZ: Usted como administrador no tiene rival, y si no que lo vean en sus haciendas, siempre florecientes y productivas.

DON ELISEO: ¡Ya lo ves, también un puesto en la lucha por el orden! ¡En fin, me despido, siento no haber visto a tu señora madre, pero ya le darás mis saludos y mi recado!

MÉREZ: Así lo haré.

DON ELISEO: (*Abrazando a Mérez brevemente*) Mucha suerte y espero verte cuando regreses ascendido, algo debes sacar batiendo a esa chusma.

MÉREZ: (*Sonriendo*) ¡Vamos a ver! ¡Ojalá sea así! ¡Creo que en un mes habremos aplastado a Zamora y estaré de regreso!...

DON ELISEO: Lo celebraremos en mi hacienda... Pero entre tanto cuídate, nada de exponerte inútilmente... ¡A menos que sea para traernos su pellejo! (*Sonriente abandona la estancia*)

MÉREZ: (*Yendo tras él hacia la puerta y sonriente*) ¡Si no consigo el pellejo le traigo el esqueleto, lo conocerá por las canillas torcidas, dicen que es cambeto! (*Regresa hacia la cama, se pone la guerrera, luego el correa, se cuadra y cerciorase de que está impecable, óyese afuera trote de caballería y música militar. Entra doña Anacarmen. Mérez la saluda con gesto respetuoso*) ¡Mamá! ¡Sabía que vendrías!

MÉREZ: ¡Por qué no! Para esa fecha Julia Rosa cumple sus quince años. Será su primer baile. Quiero que mi hermanita inicie su edad primaveral con toda la felicidad que merece...

ANACARMEN: ¡La pobrecita! ¿Sabes qué hace ahora? Lloro en su cuarto, no quiere verte ir... Por corazonada ha llegado a lo mismo que yo por experiencia... Esta no será una guerra de un mes, Luis; estamos al borde de una gran tragedia. ¡Sobre Venezuela van a comenzar a nacer muchas cruces!

MÉREZ: Prestas mucha atención a los rumores.

ANACARMEN: No son rumores. Por doquier no se oyen sino quejas, lamentos. ¡Todo el país es una ruina, comenzando por Caracas! ¡La gente está desesperada! Hasta en el aire se nota la rabia contenida. ¡Luis, un gran odio puede alzarse de toda esta miseria!

MÉREZ: ¿Quién tiene la culpa?

ANACARMEN: ¡No sé! Pero a veces creo que nosotros los ricos... Pienso así sobre todo cuando rezo...

MÉREZ: ¡Mamá! ¡Tú diciendo eso! Entonces, ¿debemos dar lo que tenemos?

ANACARMEN: No se trata de eso, pero creo que hemos dejado de ser cristianos y estamos encendiendo males...

MÉREZ: ¿Nosotros? ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Cómo puedes imaginarte eso? ¡Es al contrario! ¡El populacho aspira mandar, eso es todo!

ANACARMEN: No sé nada de política, sólo siento dolorosamente todo cuanto sucede.

MÉREZ: ¿Sabes que Zamora quiere destruirnos a nosotros, a los mantuanos oligarcas, como nos llaman? Quiere repartir nuestras tierras entre sus secuaces... ¿Te agradaría eso?

ANACARMEN: ¡No me agradaría! Pero tampoco me agrada sentirme culpable. Y esa es la sensación que tengo por todo cuanto veo.

MÉREZ: ¡Sentimentalismos! ¡Olvidas que los señores de este país fuimos quienes hicimos la Independencia!

ANACARMEN: Cada vez que advierto que, ¿cómo diré?... sí, eso es, que los grandes apellidos estamos poseídos por la soberbia...

MÉREZ: ¿Por qué dices eso?

ANACARMEN: Porque tú también olvidas, Luis, que quienes llevaron las lanzas y los chopos fueron los patas en el suelo...

MÉREZ: ¡Mamá! (*Muy sorprendido*) Te expresas como ellos...

ANACARMEN: ¡Sabes que le tengo grima al pueblo, no lo entiendo y nunca podría adaptarme a sus costumbres! Su vulgaridad, su desaseo, sus modales toscos me crispan los nervios... Pero eso no me ciega hasta el punto de no ver que es su miseria la que le da la razón ahora.

MÉREZ: ¿Razón para alzarse? ¿Razón para el pillaje? ¡Convéncete, mamá, voy a defender la decencia, el orden! ¡El derecho que tienes tú misma a una vida tranquila! El que tiene Julia Rosa a vivir como señorita de alto rango...

ANACARMEN: Los que siguen a Zamora deben pensar que también defienden algo.

MÉREZ: Sí, defienden el derecho al bochinche... a la anarquía... Por eso voy a combatirlos... Y créeme, mamá, al hacerlo sólo pienso que son bandoleros armados... Un peligro social que debe ser aplastado...

ANACARMEN: No son bandoleros, Luis, tengo la impresión de que es todo el pueblo que es está yendo detrás de Zamora...

MÉREZ: El pueblo serio está en su casa y en su trabajo... Acatando las leyes y respetando a sus superiores...

ANACARMEN: Por dondequiera se oye que el pueblo no tiene pan ni trabajo... Y tú lo sabes...

MÉREZ: ¿Y crees que robando y matando conseguirá algo? Se arruinará más él mismo...

ANACARMEN: ¡Se arruinará todo el país, Luis! ¡Es lo que temo; lo que viene puede ser una gran matanza entre hermanos!

MÉREZ: ¿Hermanos? Yo no creo sino en mis iguales.

ANACARMEN: (*Afligida*) Quiera Dios que los otros no piensen así... ¿Te das cuenta? Sería una lucha de fieras contra fieras, y eso me espanta...

MÉREZ: No habrá tal... Debes abandonar esos temores...

ANACARMEN: Anoche soñé que me asomaba a una calla larga y oscura por donde pasaban muchas mujeres vestidas de luto... Me estremecí al verlas... Además dicen que son terribles esas sabanas de Barinas a donde vas...

MÉREZ: (*Tomándole una mano y besándosela*) Te has puesto impresionable, mamá.

(*Entra nuevamente la criada*)

CRIADA: Con el permiso de la doña, han llegado dos oficiales, dicen que ya se ha puesto en marcha toda la tropa.

ANACARMEN: (*A la criada*) Está bien, Justina, dígalles que ya el Brigadier baja.

(*La criada sale. Mérez se cubre la cabeza con el quepis y se dispone a salir*)

MÉREZ: (*Con acento duro*) Mandaré al ordenanza por el baúl.

(*A lo lejos se oye trote de caballería y los sonos de la banda militar*)

ANACARMEN: (*Sacando del corpiño un pequeño atado, y entregándoselo al hijo*) Toma, Luis, es una oración en un escapulario; llévala al cuello, te amparará. Anoche la copié yo misma y la puse allí...

MÉREZ: (*Tomando el atado y guardándolo*) Gracias, mamá. (*Abraza a la madre y la besa en el pelo*)

ANACARMEN: ¡Todo esto es tan absurdo! ¡Tan incomprensible!

(*Mérez se le cuadra y esbozando una sonrisa da media vuelta y sale. Anacarmen permanece quieta*)

(*Entra el ordenanza, saluda militarmente a Anacarmen y sin decir palabra carga el baúl y lo saca. Oscuridad*)

Telón.

PRIMER ACTO

Escenario

Interior de un rancho de bahareque y paja, situado en las llanuras de Barinas; una puerta de entrada a la derecha da al camino. Al fondo una pared baja, con un pasadizo, separa la habitación principal donde se desarrolla la acción de la cocina y del corral del rancho. A la izquierda otra puerta conduce a un cuartucho que también sirve de dormitorio. En la estancia hay una pequeña mesa, dos taburetes, un catre muy bajo y un chinchorro enrollado contra la pared del fondo, en un rincón un tosco altar con una lamparita encendida, una cruz, un santo y un tarro de tierra con algunas flores silvestres. Hay algunas mazorcas de maíz colgadas en la pared del fondo.

La acción se inicia una noche oscura y nublada. Al descorrerse el telón, una escena totalmente en penumbra, se encuentran el Padre y la Madre, ésta duerme profundamente en el catre mientras el Padre con cierta premura, de pie, se ocupa de enrollar un chinchorro contra la pared. Afuera, muy lejanos, se oyen gritos confusos y detonaciones. El Padre abre la puerta que da al camino y con ciertas precauciones se asoma. Los gritos y disparos prosiguen, entre ligeras pausas de silencio.

PADRE: ¡Guadalupe! ¡Guadalupe! ¡Guadalupe!

MADRE: ¿Qué ocurre? ¿Ya amaneció? (*Se despoja de la sábana que la cubría*)

PADRE: No, deben ser apenas las doce de la noche... Pero, ¿no sientes? Oigo como tiros... algo sucede lejos...

MADRE: (*Sentándose en el catre*) ¡Sí... son descargas!

PADRE: Al principio creí que estaba soñando, o que eran truenos, como se acercan las lluvias.

MADRE: (*Se pone de pie, está vestida con un camisón largo, se calza unas alpargatas, va hacia la puerta y se asoma afuera brevemente*) Parece que están peleando hacia Corozal. ¡Será posible que se haya prendido otra vez por aquí la guerra!

PADRE: ¡Claro que es posible! ¡Ya te lo venía diciendo!

MADRE: ¿Cuándo podremos vivir con tranquilidad? Desde que nací no veo sino hambre y guerras.

PADRE: ¡Qué diré yo! Once años tenía cuando se inició la de Independencia... La hice completa... Y después, revueltas y más revueltas...

(*A lo lejos se reanudan los disparos*)

MADRE: Mejor será que enciendas el farol. En el fogón quedaron brasas resguardadas bajo las cenizas. De Corozal acá no hay mucho trecho y puede extenderse hasta estos contornos la pelea. Si es pelea...

PADRE: ¡Qué otra cosa puede ser!

(Va hacia la cocina. La Madre dobla la sábana sobre el catre. El padre regresa trayendo una vela de sebo encendida y da luz al farol que está sobre la mesa)

MADRE: *(Vuelve a la puerta la abre y avizora hacia fuera)* ¡A lo lejos hay resplandores rojizos! ¿No crees que debemos despertar a los muchachos?

PADRE: ¿Para qué? ¡Déjalos dormir, es preferible! Por lo menos hasta saber con certeza qué es lo que ocurre... Además...

MADRE: ¿Qué?

PADRE: Se alborotarán... Ya conoces a José Antonio y a Carlos... Son capaces de querer salir.

MADRE: Y no les faltará razón... Debemos estar alertas... En medio de estas llanuras, aislados en este rancho, no hay seguridad alguna cuando se forman revueltas. Tú lo sabes. Cuántas penalidades pasamos hace dos años, en el 57, ¿las recuerdas?

PADRE: ¡Cómo voy a olvidarlas!

MADRE: Debimos irnos al pueblo, pero no me hiciste caso.

PADRE: En el pueblo no podía esconder a los muchachos, los hubieran reclutado para alguna de las partidas... Como a los otros... O se hubieran ido ellos, están por hacerlo desde hace tiempo...

MADRE: No es que quieran irse por querer... Yo comprendo lo que les sucede...

PADRE: ¡Siempre los defiendes!

MADRE: Quieren otra cosa ¿Acaso yo misma no he deseado vivir en el pueblo para que ellos aprendan algo? Es triste pasar la vida en estas soledades... Porque no hay nada más solo que estos llanos de Barinas...

PADRE: Comemos del conuco, no podemos abandonarlo. Además, te lo he repetido muchas veces, en los pueblos con estas continuas guerras y asonadas, hay menos seguridad que en el campo. Cuando pasan las comisiones de reclutas los dejan limpios de hombres jóvenes... Por aquí siquiera hay lugares donde esconderse; están las cuevas del Pedregal... Nadie sino nosotros las conoce...

MADRE: Quizás tengas razón, aunque, desde lo ocurrido con Lino y Alberto, no sé qué pensar...

ALONZO: ¡Mi patrona Santa Ana me asista!

FRAILE: (*A Cuciú*)

¡Sal de aquí con tu carne y tu ropa inficionada!

(*Cuciú sale*)

LIMPIAS: Ya ni el dueño que la compró la usa para trabajar. Dicen que lazarina debe estar la caribe...

FRAILE: (*Airado a Alonzo*)

¡Por buscar el pecado se te corromperá la carne!

ALONZO: ¡Juro a su merced, señor fraile, que apenas la toqué!

(*Se limpia la boca y el bigote con el borde de la manga*)

FRAILE: ¡Castíguete tu pecado!

ALONZO: ¡Ignoraba su mal!

FRAILE: ¡Habrás de saber que ese terrible mal ataca principalmente a los malditos de Dios!

ALONZO: (*Cayendo de rodillas frente al fraile*)

¡Ave María Purísima! ¡Pido a su reverencia la bendición! ¡Me lavaré con agua bendita! ¡Rezaré preces y penaré entre los flagelantes!

MUJER: Me he perdido en la sabana. Vi luz por las rendijas del rancho y decidí pedir amparo. Vengo de más allá de Corozal. ¡Hay guerra! ¡Por el caserío donde vivía pasó la pelea!...

MADRE: ¿Se pelea entonces?

MUJER: Sí, quemaron los ranchos; la tropa del Gobierno se llevó a los hombres... (*El Padre le acerca un taburete, la Mujer se sienta, cansada*)

PADRE: ¡Qué calamidad esa!

MUJER: ¡Sacaron amarrados a mi marido y a mi hermano! Entre los tiros y los incendios mientras la gente gritaba y corría, tomé al niño, lo envolví y decidí huir, cerca de la quebrada El Zamuro vive una hermana mía, allá me refugiaré.

PADRE: En ese lugar viven los Pagüey...

MUJER: Son de mi familia.

MADRE: (*A la Mujer*) ¿Y quiénes hacen ahora la guerra?

MUJER: Dicen que entre el Gobierno y los liberales, pero también hablan de Federación y de un tal Ezequiel Zamora...

PADRE: He oído nombrarlo. Una vez el Gobierno lo cogió preso y lo iba a fusilar pero se escapó...

MADRE: Astuto debe ser, pues no es fácil írsele al Gobierno...

PADRE: ¡Así es! (*A la Mujer*) ¿Y por qué se habrá lanzado a pelear ahora?

MUJER: Yo qué sé... Pero, como les dije, hablan de Federación. (*Se coloca casi de espaldas y empieza a dar de mamar al niño.*)

PADRE: ¿Federación? ¿Qué querrá decir eso? (*De la otra habitación sale poniéndose una franela el hijo mayor, Carlos*)

CARLOS: ¡Yo sé lo qué es! ¡Quiere decir que por fin llegó la hora!

PADRE: ¿Qué hora ha llegado? ¿Por qué te levantaste?

CARLOS: Estaba despierto desde hace rato... Oí las voces de ustedes, las detonaciones lejanas y lo que refirió la señora... ¡Por fin le arreglamos las cuentas a los oligarcas!... ¡A los que hambread y atropellan! ¡Ahora sabrán lo que es bueno! ¡Ya todo el país debe estar alzado!

MADRE: (*Enérgica*) ¡Vuelve al chinchorro!

CARLOS: ¡No! ¡Estaba deseando este momento! ¡Por fin llegó! ¡Confiaba en Zamora y cumplió! ¡Ahora me iré con él! ¡Arreglará a Venezuela, le hará justicia al pueblo!

PADRE: ¿De dónde sacas esas cosas? ¿Quién te ha dicho todo eso? Por algo no me han gustado tus frecuentes visitas al pueblo... ¡Quién sabe con qué revoltosos ha estado hablando! ¡Hay muchos por estos campos de Barinas!

CARLOS: (*Tomando un chinchorro y un machete y acomodándolos sobre la mesa mientras busca otros objetos*) ¡Ahora sí me iré! (*Al Padre*) Y no he hablado con revoltosos sino con gente igual a nosotros, hambreada, sufrida, a quien los oligarcas y usureros saquean, estrujan, roban... Gente que ya está cansada... Como estoy cansado yo mismo...

MADRE: Bien he oído decir que esos periódicos que reparten y leen algunos en el pueblo están turbando las cabezas de los jóvenes... Los escriben hombres locos...

PADRE: (*A la Madre*) ¡Ves como tengo sobrada razón!

CARLOS: Siempre he deseado otra vida, otra cosa... Estamos hundidos... Ustedes lo saben... Vivimos peor que los perros y los zorros de la sabana y todo por culpa de los ricos...

PADRE: Repites lo que has oído...

CARLOS: ¿No somos unos patas en el suelo? ¿No pasamos hambre? ¿No tenemos que pagarle con parte de la miseria que cosechamos al dueño de esta sabana? ¿No estamos casi en harapos?

MADRE: No somos nosotros solos, todo el mundo está así...

CARLOS: ¡Por eso mismo! ¡Hay que cambiar las cosas, guerreando!

PADRE: ¡No sabes lo que dices! ¡Te han llenado la cabeza de tonterías! ¡Las hablan a montones! Con guerrear nada se sacará...

CARLOS: ¡Quién sabe!

MADRE: Esta será una revuelta igual a las otras, ¡y los campesinos sólo sacaremos dolores y más miserias!

CARLOS: Con Zamora la lucha será distinta, ya verás. Y estoy decidido a unirme a ella...

MADRE: Hablas como si no tuvieras padres.

(De la habitación sale José Antonio...)

CARLOS: Con ustedes podrá quedarse José Antonio...

JOSÉ ANTONIO: ¿Y por qué debo quedarme yo? ¿Acaso soy el más tonto? He oído todo; también estaba despierto y sin moverme dentro del chinchorro; escuché los tiros antes que papá y he estado pensando en mi oportunidad, creo que ha llegado.

MADRE: *(A José Antonio)* ¿También tienes esas ideas de Carlos en la cabeza?

JOSÉ ANTONIO: ¡No tengo esas ideas, ni me interesan!
Ni entiendo la cantidad de zoquetadas que
hablan los llamados liberales que viven
en el pueblo; ¡me parecen unos tontos
parlanchines!...

MADRE: (*Extrañada*) ¡José Antonio!

JOSÉ ANTONIO: Y si es el llamado Zamora me im-
porta un comino; y ni siquiera comprendo
el significado de eso que llaman Federación.
¡Ni falta que me hace!

PADRE: ¿Entonces? ¿Por qué hablas de tu oportu-
nidad?

JOSÉ ANTONIO: Porque me parece que se acerca en
esos tiros...

MADRE: ¡Estás loco!

JOSÉ ANTONIO: ¡Loco o no pero con esos tiros mi
vida va a coger otro rumbo! Y no será el
rumbo de los zoquetes... (*Señala a Carlos*)

CARLOS: ¿Qué quieres decir?

JOSÉ ANTONIO: Eso que oíste.

CARLOS: Ya sé que no crees en liberales ni en nadie
y que te importa poco el hambre que todos
estamos pasando...

JOSÉ ANTONIO: ¡Te equivocas! Me importa mucho lo que soy: ¡Un nada! Pero no quiero seguir siendo un nada, y en la guerra, hágala quien la haga, o pelee en uno u otro bando, puedo surgir... Puedo llegar a algo con galones y mando... ¡Y eso es lo que quiero!

MADRE: ¡Lo más seguro que se encuentra es la muerte! Recuerda a Lino y a Alberto.

JOSÉ ANTONIO: ¡No tuvieron suerte!

CARLOS: (*A José Antonio*) Nos podríamos ir juntos y unirnos a Zamora... Ganará...

JOSÉ ANTONIO: ¡No me hagas reír! Podemos salir juntos, si quieres, pero me uniré al bando que mejores oportunidades me ofrezca... No quiero ser redentor de nadie sino de mí mismo... Deseo galones, mando, dinero. (*Despectivo*) Y lo que es con ese Zamora ¡hum! ¡Me ensucio en su apellido!

CARLOS: (*Violento*) ¡No eres sino un!... ¡Adivina lo que quiero decirte!

JOSÉ ANTONIO: ¡Dilo!

MADRE: ¡Carlos! ¡José Antonio!

CARLOS: (*A José Antonio*) ¡Si no estuvieran aquí mamá y papá y esa señora te lo gritaba bien alto!

JOSÉ ANTONIO: ¡Y yo puedo darte una trompada ya!
(*Va hacia Carlos*)

PADRE: (*Agarrando por un brazo a Carlos y alejándolo de José Antonio*) ¡Cállense! ¡Cállense!
¡Ustedes no son sino unos groseros y están faltando el respeto! ¡Ninguno de los dos se irá! ¡La idea de la guerra los ha perturbado!

JOSÉ ANTONIO: ¡No estoy perturbado!

CARLOS: ¡Ni yo!

PADRE: ¡Parecen un par de tigres! ¡Olvidan que son hermanos!

JOSÉ ANTONIO: (*Señalando a Carlos*) ¡Lo olvida él que me insulta!

CARLOS: ¡Lo olvidas tú, que eres un egoísta!

JOSÉ ANTONIO: ¿Egoísta? ¡Si deseo ir a buscar fortuna en la guerra es para ayudar a papá, a mamá, a Gema, a ti mismo! ¡Para acabar con la miseria que nos consume! ¿Qué tenemos? ¿Acaso arañar día a día el conuco es vivir? ¡Estoy cansado de pasar hambre! ¡De que vivamos como animales! ¡De que cualquiera que tenga cuatro centavos y se ensucie en nosotros cuando le dé la gana! ¡Si querer mejorar es ser egoísta, lo soy!

MADRE: (*A José Antonio*) ¡No digas eso!

JOSÉ ANTONIO: (*Señalando a Carlos*) ¡El egoísta eres tú que te quieres ir tras ese Zamora por razón de gusto! ¡Porque te han leído algunos periodiquitos en el pueblo y te sientes liberal! ¿Crees que con palabritas van a tumbar al Gobierno? ¡En la sabana hay mucho bobo enterrado!

CARLOS: ¡Quién sabe si soy egoísta o no! Pero no pienso sólo en mi familia; ni en mí únicamente, pienso en toda la gente que está como nosotros. (*Al Padre*) ¡Tengo mis ideas y con ellas me iré!

PADRE: (*Grave*) ¡Cállense esas bocas! ¡Los dos son unos egoístas! ¿Crees tú, José Antonio, que se te dará lo que piensas? ¿Que de esta nueva revuelta podrás lograr fortuna? Aun peleando a favor de los que ganen... ¿Qué es lo más que puedes sacar? ¡Unos galones de sargento con paga de un peso diario! ¡Eso si no quedas tendido como tus hermanos en una ladera pelada! ¡Si lo sabré yo! ¿No fui soldado? Guerreé toda la Independencia como raso, de los de chopo, cobija y alpargata... No recuerdo hasta dónde llegué... Creí también que muchas cosas iban a cambiar... Hasta soñé que se acabaría la pobreza; que los campesinos podríamos sembrar la tierra algún día con libertad... Que no habría más dones y señorones, ni desprecio por los negros y mestizos como nosotros...

MADRE: Todo fue también perdido.

PADRE: ¡No! ¡Algo hicimos! Creamos esta república, esta patria; pero los de arriba siguen fuñendo y se la han cogido para ellos solos... Y no para mejorarla... Y los patas en el suelo siempre igual, con el yugo sobre el lomo... y el hambre dentro del cuerpo... Con mis setenta años he llegado a creer que pobre es pobre hasta en el cielo...

MADRE: ¡No digas eso así, es malo!

PADRE: ¡Es la verdad! ¡Por eso evitaba que Alberto y Lino se metieran en las revueltas! Pero pasó lo que pasó. ¿Para qué murieron? ¿Quién se benefició de su sacrificio? Ustedes que estaban pequeñitos, su madre y yo fuimos quienes lo sentimos...

MADRE: Así fue...

MUJER: (*Dejando de amantar al niño*) Así ha ocurrido con infinidad de jóvenes por todas partes...

PADRE: ¡Y seguirá siendo por mucho tiempo! (*A los hijos*) ¡Ustedes se quieren ir! ¡Los matarán en cualquier lugar o se perderán por todos los caminos buscando qué comer, cómo vivir! ¡Se volverán como unos perros realengos! Y aquí en esta sabana quedaremos más que abandonados dos viejos; y la pobre Gema, más tonta cada vez, más sola siempre... ¿Y cuando muramos su madre y yo? ¿Qué irá a ser de ella? ¿No quedará a merced de todos los peligros?

CARLOS: No he pensado en abandonarlos para siempre...

JOSÉ ANTONIO: ¡Ni yo! ¡Sólo quiero que podamos vivir de otro modo!...

PADRE: Pueden irse... Yo tengo la muerte encima, su madre está tan gastada como yo... Cuidaremos a Gema hasta que podamos, pero estoy seguro de que cuando ustedes regresen, sólo encontrarán en la sabana tres cruces más y allá, en la capital, quedarán los señores contentos y satisfechos...

CARLOS: ¡No será así!

PADRE: ¡Sí será así!

JOSÉ ANTONIO: ¡Tú no comprendes!

PADRE: ¡Es posible! ¡Ustedes son jóvenes y yo un viejo!, pero por eso mismo: ¡He visto tantas cosas! No entiendo estas guerras, comprendía algo de la Independencia, quise a Bolívar y lo seguí, me gustó la libertad... Pero, ¿la tiene el pobre?

CARLOS: De eso se trata.

PADRE: No sé qué es Federación y ni si ese Zamora quiere de verdad al pueblo; muchos han dicho lo mismo y después, al llegar arriba, le dan la espalda...

CARLOS: ¡Zamora no hará eso!

PADRE: ¡Quién sabe! Somos una familia desamparada, para vivir no tenemos sino nuestros brazos. ¿Debemos, entonces, dejarnos devorar por una candela cuya cusa no entendemos? Quizá algún día mejoremos...

JOSÉ ANTONIO: ¡No veo cómo! ¡Si me dejaran ir!

CARLOS: ¿Y por qué no a mí?

MADRE: Oigan a su padre, sabe lo que dice.

PADRE: (*Enérgico*) ¡Nadie se irá! ¡No los he criado como a los otros para que los maten por nada! A ti, José Antonio, por qué crees que la guerra ésta te dará galones y poder para embromar a otros... Y a ti, Carlos, por qué imaginas que ella y ese Zamora podrán redimir esta tierra. Si hubiera alguna razón, si en verdad ésta fuera una guerra del pueblo, yo que la conozco bien, volvería a tomar mi cobija y mi lanza y otra vez caminaría adelante... Pero la experiencia me ha enseñado que siempre son los de arriba quienes ganan...

JOSÉ ANTONIO: No me resignaré a seguir viviendo así, perdido en estos montes hasta que me pongan encima una cruz de palo...

PADRE: ¿Crees que estoy contento con la vida que llevamos? Pero, ¿es matándonos que podemos componerla?

MADRE: Tampoco yo me resignaré a que nos abandonen para siempre... Ya resistí un golpe, no sé cómo, pero seguí viviendo por ustedes y Gema, pero otro igual acabará conmigo...

CARLOS: ¿Podemos permanecer aquí mientras otros pelean?

PADRE: No dejaré que se queden en este rancho... Se esconderán mientras pasa esta ventolera y las cosas se aquietan.

JOSÉ ANTONIO: ¿Escondernos? ¿Somos acaso unas gallinas?

CARLOS: Si no me voy, continuaré aquí con ustedes, pero nunca me esconderé... no soy un cobarde...

PADRE: Harán lo que mando... Si se quedan aquí pasará cualquier día una comisión y los llevará reclutados como a los otros.

MUJER: (*Advirtiendo temerosa*) Desde hace tiempo andan comisiones por los caminos y caseríos, hasta muchachitos se han llevado para que toquen los tambores...

MADRE: Siempre es así...

PADRE: (*A la Mujer*) ¿De qué partido son las comisiones?

MUJER: ¡Sólo he visto las del Gobierno!...

PADRE: (*A Carlos y José Antonio*) Ahora mismo los llevaré a las cuevas del Pedregal, se escondrán en ellas mientras pasa la guerra... (*A la Madre*) Prepara una camaza con agua y abastecimientos en un porsiacaso... (*A los hijos*) Busquen sus cobijas y unos machetes...

CARLOS: ¡No me esconderé!

JOSÉ ANTONIO: ¡Ni yo!

PADRE: ¡Quien manda aquí soy yo! ¡Y el que no me respete como padre me respetará como hombre!

MADRE: (*A los hijos*) ¡Les pido que obedezcan, que se porten como hijos! (*A lo lejos se oyen de nuevo muchos disparos y el toque de una corneta*)

PADRE: (*A la Madre*) Prepara las cosas que te dije...

MADRE: (*A los hijos*) ¡Entiendan, y no lo hagan ni por mí ni por su padre, pero recuerden que tienen una hermanita a quien cuidar! (*Va a la cocina*)

PADRE: (*A los hijos, quienes han bajado la cabeza luego de las últimas palabras de la Madre*) ¡Busquen los que le dije!...

(*Carlos y José Antonio, silenciosos pero tensos pasan al cuartucho de la izquierda*)

MUJER: Oyéndolos a ustedes ahora, pensaba que cuando éste crezca a lo mejor se me querrá ir a otra guerra o lo llevarán a la fuerza...

PADRE: Dios quiera que ésta sea la última.

(Del cuarto sale Gema, somnolienta, restregándose los ojos)

GEMA: ¿Qué pasa? Carlos y José Antonio registrando el baúl grande me despertaron. ¿Por qué están todos levantados? *(Mira a la Mujer)* ¿Y ella quién es? Ah, tiene un niño. *(Se acerca a la Mujer, alza la cobija y mira al niño)* ¡Está dormidito!

PADRE: Vuelve al chinchorro, no pasa nada... Esta señora es una conocida que vive por el Corozal...

(A lo lejos se oyen otra vez gritos y tiros)

GEMA: ¿Oyen? ¿Son truenos o tiros? Debe ser que hay guerra... Las muchachas de Encarnación me dijeron la otra tarde en el río que muy lejos de aquí había una guerra... Y que un hombre llamado Zamora andaba a caballo con una bandera amarilla...

PADRE: Son cuentos... Vuelve y acuéstate...

GEMA: Se me quitó el sueño. ¿Y mamá?

PADRE: Está en la cocina. *(Gema va a la cocina)*

MUJER: ¿Es la única hembra?

PADRE: Sí, se llama Gema... Cuando estaba chiquita le dio una fiebre que por un poco se la lleva, desde entonces quedó como atontada, a veces hasta desvaría.

MUJER: Las fiebres son algo malo...

(Llegan los hijos, cada uno trae al hombro una cobija y en la mano un machete. La Madre también entra portando una marusa llena, la sigue Gema con un bojote pequeño de ropa)

MADRE: *(Dando los objetos a los hijos)* Su padre hace eso por el bien de todos... Pórtense bien y no vayan a salirse de las cuevas. Cada cuatro días les llevaremos comida...

GEMA: ¿A qué cueva van? ¡Quiero irme con ellos!
(Da el bojote al Padre)

PADRE: *(A Gema)* Las muchachas como tú no salen de noche. Quédate a cuidar a tu madre y para atender a la señora y su niño... Vuelve a verlo...

(Gema va donde la Mujer y el niño y se entretiene mirando a éste)

MADRE: *(A los hijos)* ¡Que Dios los cuide! ¡Ojalá las cosas se tranquilicen pronto!

PADRE: *(A los hijos)* ¡Vamos andando, pues los tiros se oyen cada vez más cerca!

(Los hijos salen, el Padre toma un sombrero de cogollo y un machete que le tiende la Madre y los sigue)

MADRE: *(Cerrando la puerta)* Nunca podemos vivir tranquilos...

MUJER: ¡Así es, nunca!

(Se oye lejana, una corneta.)

GEMA: *(Inquietándose)* ¡La corneta! ¡Quiero ver los soldados! *(Intenta ir hacia la puerta, la Madre la detiene)*

MADRE: Están lejos y la noche es muy oscura...

GEMA: ¿Serán los de Zamora?

MUJER: No, es la corneta de los del Gobierno, tocó todo el tiempo que se pelaba en mi caserío...

MADRE: ¿Y por qué se metieron con ese caserío?

MUJER: Parece que algunos allí habían dado vivas a Zamora y puesto banderas amarillas... ¡Ésos no deben estar vivos! *(Pausa.)* Aunque, para lo que es la vida... Quizás sean más felices que nosotros...

MADRE: No hable así, una madre no debe hablar así...

MUJER: *(Con voz profundamente cansada)* ¡Estoy tan cansada de sufrir!

MADRE: ¡Los pobres estamos hechos para soportar!

MUJER: ¡Imagínese! ¿Qué sé lo que hicieron con mi hombre? Se llama Malquiades... Hace muchos meses no trabaja, pues como usted sabe los hatos por aquí están abandonados... Malquiades no le había dado vivas a Zamora... Él no es nada... Anteayer había sembrado unas yuquitas cerca del rancho... Pasamos mucha hambre... Y ahora se lo llevaron...

MADRE: Quizás regrese...

MUJER: Pero ya no tenemos rancho, ni ropitas para el chiquito, ni nada.

GEMA: No se ponga triste... Zamora cuando gane le devolverá todas sus cosas... Las muchachas que lavaban la otra tarde en el río me hablaron de él. Dijeron que tiene los ojos azules y que es un campesino como nosotros.

MADRE: *(A Gema)* ¿Acaso lo han visto?

GEMA: Ellas no, pero yo sí.

MADRE: ¿Tú? ¿Vas a volver con tus cosas? Ah, es que hace días no te tomas el remedio... Te lo daré hoy, sin falta.

MUJER: (*A Gema*) ¡No digas eso ni en juego niña, es peligroso!

GEMA: ¡Sí lo he visto! ¡Hasta me ha dicho que vendrá por aquí!

MADRE: ¡No debes repetir eso, Gema!

GEMA: Lo he visto cuando amanece... Ustedes duermen y yo voy al corral, me siento al pie del Araguaney a ver salir el sol y cuando todo se pone rojo, él pasa corriendo sobre un caballo alazán...

MADRE: ¡No debes salir a esa hora al corral!

GEMA: Quizás pronto comience el amanecer... Iré a ver dónde están las cabrillas. Cuando el sol despunte, Zamora puede pasar otra vez... (*Va corriendo al corral*)

MADRE: Hace poco tuvo otra vez fiebre, cuando eso le ocurre habla cosas.

MUJER: Su esposo me lo dijo. Es una lástima.

MADRE: Va al río a lavar y con todo cuanto oye se da a inventar cosas; quién sabe qué oiría de ese tal Zamora.

MUJER: Para los jóvenes parece que ese nombre fuera mágico...

(*Regresa Gema*)

GEMA: El cielo está encapotado, no pude adivinar si está cerca el amanecer.

MADRE: Debes volver al chinchorro y dormir...

GEMA: No tengo sueño... Ah, pero me acostaré... Nunca he soñado con Zamora, ahora lo haré... Le voy a decir muchas cosas... Dormiré enseguida... (*Va al cuarto*)

MUJER: Es bueno que le quite esas cosas de la cabeza, puede repetirlas en otra parte...

MADRE: Haré que no vuelva al río. Allí todas las muchachas parlotean mucho... Hace algún tiempo hablaron de una santa que apareció no sé dónde y durante meses Gema no hizo sino asegurar que ella también la había visto... Hasta se creyó santa...

MUJER: Tuve un sobrinito así...

(*Llega el Padre*)

MADRE: (*Al Padre*) ¿Quedaron tranquilos?

PADRE: (*Poniendo el sombrero y el machete sobre la mesa*) Rezongaron un poco pero obedecieron... Calientame un poco de café.

MADRE: Veré si hay... (*Va a la cocina*)

PADRE: (*A la Mujer*) Usted debería recostarse un poco.

MUJER: Sólo deseo que despunte el sol para seguir mi camino... Quiero que mi gente cuide al niño mientras regreso a Corozal.

PADRE: Hum, por allá eso sigue encendido.

MUJER: Necesito saber el paradero de mi hombre y de mi hermano.

(Entra la Madre con dos pocillos de café, da uno al Padre y otro a la Mujer)

PADRE: *(A la Mujer)* Al aclarar la acompaño un trecho para encaminarla.

(Se oyen pasos afuera, luego tocan fuerte en la puerta)

MADRE: *(Inquieta)* Parece que es tropa.

(Vuelven a tocar fuerte en la puerta y una voz grita)

Voz: *(Desde afuera)* ¡Abran la puerta! ¡Comisión del Gobierno!

(La Madre abre apresuradamente. Entran un oficial centralista, dos soldados y un civil armado)

PADRE: ¿Qué desean?

OFICIAL: Andamos en comisión registrando todos estos montes y ranchos. ¡Orden del Gobier-

no! (*Señalando al civil armado*) El señor es el mayordomo de la finca esta... Anda con nosotros por orden del dueño...

PADRE: (*Mirando al Mayordomo*) Ah, mucho gusto... ¿Es nuevo como mayordomo?

MAYORDOMO: Sí... Don Manrique me empleó hace poco... y también soy nuevo por estas regiones. Ando en comisión.

PADRE: Es bueno saberlo...

OFICIAL: (*A los soldados*) Busquen bien por todas partes y cojan los animales que encuentren...

MADRE: ¿Por qué esa medida? Sólo tenemos un burro y lo necesitamos.

OFICIAL: Las tropas del Gobierno también lo necesitan, les daré un vale, cuando aplastemos a los federales se lo pagarán...

PADRE: ¡Es un atropello!

MAYORDOMO: El Oficial tiene órdenes estrictas.

OFICIAL: (*Con sorna*) Si fuésemos los forajidos de Zamora no dijeran nada; hasta regalaban el burro, pues por aquí parece que todo el mundo está con la Federación...

PADRE: ¡No somos federales!

OFICIAL: Eso está por verse. Anocheciendo nos tirotearon desde un matorral matándonos tres hombres; y cuando vivaqueábamos quemaron la sabana... ¡Y no fueron fantasmas!

PADRE: ¡Siempre la guerra trae esas calamidades!

OFICIAL: ¿Cuántos hombres hay en este rancho?

PADRE: Yo solo.

(Gema sale del cuartucho asustada y sorprendida por lo que ocurre, silenciosa y tímida busca protección cerca de la Madre)

OFICIAL: *(Señalándole)* ¿Quién es ella?

PADRE: Nuestra única hija y la señora *(Señala a la Mujer)* es familia...

OFICIAL: ¿No tienen hijos varones?

PADRE: Tuvimos dos pero se murieron... ¿Acaso andan reclutando?

OFICIAL: La tropa necesita hombres.

(Regresan los soldados)

SOLDADO 1: Por allá adentro no hay nada de particular.

OFICIAL: *(Señalando hacia el cuartucho)* Ahora vayan por ahí...

(Los soldados penetran al cuarto)

MAYORDOMO: *(Al Padre)* Debo participarle que el amo está pensando en sacar a todo el mundo de sus propiedades... ¡No quiere más pisatarios!

PADRE: ¡No me diga!

MAYORDOMO: Por eso ando recorriéndolas... Además viendo a ver si los conuqueros atrasados pagan. ¿Cómo anda usted de eso?

PADRE: ¡Mal! Al otro mayordomo se lo dije hace meses, las pocas siembras que he hecho se han perdido... Apenas coseché un maicito para medio comer...

OFICIAL: Por lo visto todos los conuqueros de esta posesión no tienen sino deudas... je... je...

PADRE: Debo decir que así es... Hay mucha ruina por aquí...

MAYORDOMO: ¿No tiene plata, entonces?

PADRE: ¡No!

MAYORDOMO: Dentro de tres semanas volveré por acá... Mientras tanto piense qué va a hacer. La orden de desalojo puede llegar de un momento a otro...

PADRE: ¡Siempre he vivido por aquí!

OFICIAL: ¡Pero esto no es suyo!

PADRE: ¡Es cierto! ¡Pero uno se acostumbra! Son muchos años sobre esta tierra.

(Regresan los soldados)

SOLDADO 1: Allí adentro sólo hay chinchorros, un baúl y cachivaches.

OFICIAL: *(A los soldados)* Salgan y ayuden a los otros que andan en el monte... Que no quede un palmo de sabana sin escudriñar. Esos fantasmas que tiran desde el monte y queman sabana tienen que aparecer...

MADRE: *(Dejando a Gema con la Mujer y acercándose al Oficial)* ¿Y estarán por aquí?

OFICIAL: ¡Naturalmente! ¡Y a lo mejor nos preparan otra trampa! Si fuera jefe de los de arriba propondría un remedio. ¡Plomo y candela con todo eso!

PADRE: Ya han llevado bastante plomo y candela estas sabanas.

OFICIAL: Pues les daremos más. Y a propósito, ¿sabes tú si por aquí hay lugares que puedan servir de escondite?

PADRE: Esto es sabana limpia.

MADRE: Pura sabana.

OFICIAL: ¿Y por los cangilones del río?

PADRE: No sé, hace muchísimos años que no voy por esos lugares. Casi no salgo del rancho y del conuco.

MAYORDOMO: Todas estas regiones son verdaderos laberintos.

OFICIAL: Como mandadas a hacer para bandidos y cuatreros. Yo prefiero pelear contra cuerpos de tropas y no contra guerrillas. Es como coger agua con un tenedor. *(Se oyen bastante cerca algunos tiros)* ¿Oyen? ¿Oyen? No nos dejan quietos. Son escopetazos de los Federales, atarugan sus armas con piedras...

PADRE: No debe ser gente de estos lugares, por aquí todo el mundo es pacífico.

OFICIAL: ¡No me hagas reír, viejo! Matachines y cuatreros es lo que hay por todo esto... No lo digo por usted que tiene cara de ser honrado, pero esta región es una madriguera de hombres y bastimentos para Zamora.

PADRE: Sin embargo, no habíamos oído peleas sino hasta hoy. Ignorábamos cuanto pasa en estos lugares...

(Vuelven a oírse de nuevo los tiros, esta vez más nutridos)

OFICIAL: ¡Plomo con esos bandidos! Esa sí es gente de la nuestra... Otra comisión que registra por el norte...

MAYORDOMO: *(Al Oficial)* Deberíamos marcharnos... Saldré a decirles a los soldados si usted quiere...

OFICIAL: *(Al Mayordomo)* ¡Vaya!

(El Mayordomo sale rápidamente)

MADRE: *(Al Oficial)* Quisiera hablarle sobre el burrito...

OFICIAL: *(Sacando un papel y un lápiz)* Le daré el vale... *(Escribe algo en el papel y lo tiende a la Madre, ésta lo toma descuidadamente y lo pone bajo un santo en el altar. El Oficial se dirige al Padre)* Y usted, tenga mucho cuidado. No se le ocurra darle albergue aquí a nadie que huela a Federal. Hay órdenes de proceder sin contemplaciones.

PADRE: ¡Pierda cuidado, soy hombre de paz y creo que al Gobierno debe obedecerse!

OFICIAL: Así es... Ah, y otra cosa, ya que dice eso... Lo que vea y oiga nos lo comunica. Mandaré de vez en cuando por acá una patrulla. Estoy acampando cerca... *(Hace movimientos para salir)*

MUJER: ¡Señor oficial!

OFICIAL: ¿Qué quieres?

MUJER: ¿Usted ha sabido algo de Corozal?

OFICIAL: No, me contaron que por allá se peleó duro... Hubo que proceder con energía...
(Al Padre) ¡Figúrese, hasta los perros acosaron a nuestras tropas...! ¡Ah, pero sólo los horcones quedaron de ese caserío...!

MUJER: ¿De los hombres que sacaron de allá, sabe algo? ¿No ha visto uno llamado Malquiades Pagüey?

OFICIAL: ¡Qué voy a saber! Entre esa matachina no hay tiempo para nada...

MUJER: Era bajito y muy moreno...

OFICIAL: Oí decir que la gente sacada de Corozal, quedó tendida por el camino... Los hombres se negaron a unirse a las tropas centralistas. Y no se puede cargar con presos amarrados... Los Federales hacen lo mismo...

(A lo lejos suenan nuevamente descargas cerradas, el Oficial se aprieta la correa y sale rápido. La Mujer mira al Padre y a la Madre sin cobrar clara conciencia de lo que ha oído, de pronto cree comprender, se incorpora y se va hacia el Padre)

MUJER: Es mentira lo que dijo, ¿verdad? ¡Seguramente lo hizo por hablar y asustarme!

MADRE: Seguramente lo hizo por eso...

MUJER: (*Lastimera*) ¡Debe estar equivocado!... ¡Iré a ver! (*Trata de salir, la Madre la retiene con suavidad*) ¡Debo ir al camino de Corozal! ¡No pueden haberlo matado!... ¡No pueden! Él era bueno, no se metía con nadie, sólo deseaba sembrar sus yuquitas. (*Al Padre*) Dígame usted, señor, ¿por qué tenían que matar a Malquiades Pagüey? ¿Por qué?

PADRE: (*Con gravedad*) Soy viejo y no tengo inteligencia, pero desde hace muchos años me estoy preguntando por qué suceden tantas cosas malas y no me lo explico...

MADRE: Ni yo tampoco.

MUJER: (*Desesperada*) ¡Quiero saber la verdad! ¡Quiero ir hasta ese camino! ¡Les ruego que me dejen ir!

PADRE: Primero debe dejar al niño donde los suyos, si quiere salimos ya... Yo la enrumbaré... Vamos...

MUJER: Haré eso, pues quiero regresar pronto a ese camino y saber qué fue de mi hombre...

(*Envuelve muy bien al niño y sale apresuradamente, el Padre toma el sombrero de cogollo con rapidez y la sigue. Oscuridad*)

Telón.

SEGUNDO ACTO

El mismo escenario anterior, días después, por la tarde. En la escena está la Madre, prepara algunos bastimentos y los coloca en una pequeña marusa, segundos después entra el Padre lleva sombrero y un bastón rústico.

PADRE: ¿Has preparado todo?

MADRE: Sí, lo único que no puse son velas de sebo, pues la última se consumió anoche.

PADRE: No podemos estar sin alumbrarnos y menos ahora con las cosas como están; y los muchachos también necesitan velas... Veré cómo consigo algunas.

MADRE: Pero no será hoy. Las mujeres de Quebrada Amarilla, que bajaron hace rato, me dijeron que para el pueblo no se puede pasar, todo está lleno de tropas y avanzadas.

PADRE: No hablo de ir al pueblo. Desde anoche sé que todos los caminos y veredas están cundidos de gente armada... Pensaba que podíamos quitar algunas prestadas a los vecinos...

MADRE: ¿Estará libre el camino hasta Río Viejo? Quizás Francisca tenga, es muy precavida (*Termina de empaquetar*)

PADRE: Por ahí regresé antier, cuando acompañé a la mujer con el niño, y no había nada de particular, pero como desde entonces a hoy se ha metido tanta tropa por aquí...

MADRE: ¿Del Gobierno será toda?

PADRE: No, también hay federales; seguramente se prepara otra batalla.

MADRE: ¿Y no será peligroso que vayas tú a llevar esto a los muchachos? Podría hacerlo yo.

PADRE: ¿Tú? Hace muchos años que no vas por esas cuevas, podrías perderte.

MADRE: También tengo memoria para los caminos...

PADRE: A los muchachos no les gustaría. Con los tiempos como están no debes alejarte de por aquí... Ni perder de vista a Gema. ¿Dónde está?

MADRE: En el corral, creo que le echa una agüita a las matas.

PADRE: Carlos y José Antonio se quedaron muy preocupados por ella. Cuando los dejé me recomendaron mucho que no la dejáramos salir del rancho.

MADRE: Eso costará trabajo, pero hay que hacerlo
(*Mira la marusa de nuevo y recuerda*) Ah, los tabaquitos, sabía que me faltaba algo. (*Va*

a la mesita que sirve de altar, toma un pequeño envoltorio y lo coloca en la marusa)

PADRE: Voy a observar por los alrededores, no vaya a haber gente escondida por ahí y descubrirse para dónde me dirijo.

MADRE: Es bueno que lo hagas...

PADRE: Dejaré la marusa, al volver la recojo.

MADRE: Te iba a decir eso. Ah, ¿y por qué no ves si puedes acercarte hasta donde Francisca y solicitas las velas? Con eso das un gran rodeo y observas mejor cómo está todo por ahí.

PADRE: Es una buena idea. Mientras tanto fíjate si falta algo por llevar para que lo pongas.
(Sale)

(La Madre cierra la puerta. Luego toma la marusa y va con ella al cuarto. Por la puerta de la cocina entra Gema. Mira sigilosamente mientras saca de su corpiño un pedazo de papel donde está impreso un retrato de Zamora, lo mira detenidamente y luego lo coloca en el altar junto a los santos, poniéndole delante la lamparita. La Madre entra, Gema no se da cuenta abstraída como está en la contemplación del retrato en el altar)

MADRE: (Sorprendida por lo que ve) ¿Qué haces ahí, Gema?

(Gema con un gesto le muestra el retrato)

MADRE: ¿Qué es eso? *(Se acerca y mira el retrato)*
Ah, ¿y quién es? ¿Algún santo?

GEMA: ¡No! ¡Es Ezequiel Zamora!

MADRE: ¡Muchacha! ¿Cómo lo conseguiste?

GEMA: Luisa me lo dio, había ofrecido conseguir-
melo.

MADRE: ¿Y ella cómo lo obtuvo?

GEMA: Lo repartieron los federales cuando pasaron
por el Real.

MADRE: ¡No ha debido dártelo!

GEMA: Le ofrecí regalarle una cota.

MADRE: ¡Por ese papel! ¡Casi no tienes ropa! ¿Por
qué haces eso?

GEMA: ¡Quería tenerlo!

MADRE: No entiendo para qué... ¡Y en el altar no
puedes dejarlo ni un segundo más!

GEMA: ¿Por qué?

MADRE: Allí sólo se colocan los santos, y Zamora es
un ser humano, además...

GEMA: ¿Qué?

MADRE: Es peligroso.

GEMA: (*Sonriendo*) ¿Peligroso? Si no tiene espada ni pistola. Además los retratos no se mueven ni hacen nada... Si acaso hablan y eso de vez en cuando... Yo he oído a este...

MADRE: ¡Qué! ¿Tú has oído hablar a ese retrato?

GEMA: Claro que sí, cuando he estado sola.

MADRE: ¡No digas mentiras, Gema!

GEMA: ¡Lo oigo con el corazón, por eso nadie me escucha!

MADRE: ¡Ah!

GEMA: Entonces cierro los ojos. ¿Nunca has oído hablar un retrato? ¿Ni siquiera a un santo?

MADRE: Nunca, no tengo la cabeza... así... para esas cosas...

GEMA: Para que hablen hay que quererlos mucho, ¿no lo sabías?

MADRE: ¿Quieres a ese retrato?

GEMA: ¡Quiero a Zamora!

MADRE: ¡Gema, cómo dices eso! ¡No está bien!

GEMA: ¿Por qué?

MADRE: ¡A tu edad yo no decía esas cosas!

GEMA: ¿Es malo?

MADRE: ¡Qué pregunta eso! Debes querer mucho a tu papá, a tus hermanos, a mí, pero a ese tal Zamora no veo por qué...

GEMA: Por eso mismo, porque es Zamora... ¡Zamora! ¡Zamora! ¿No te dice nada ese nombre?

MADRE: No tiene nada de raro.

GEMA: ¡Es como un clarín, como una canción dulce!... ¡Me gusta oírlo!

MADRE: ¿Quién te ha dicho todo eso?

GEMA: ¡Luisa!

MADRE: Cuando pueda voy a decirle sus cosas a esa Luisa. Te está llenando la cabeza de cuentos... Ella sabe que tú... Bueno, ya le hablaré...

GEMA: Zamora no es un cuento, vive de verdad...
(*Ve el retrato*) Yo me iría tras él...

MADRE: ¡Gema! ¡Si te oyera tu papá! (*Trata de sonreír*) Dame el retrato, ¿quieres? Lo guardaré. es peligroso tenerlo donde lo vean.

GEMA: Si no puedo dejarlo ahí lo pondré en mi baulito. No quiero perderlo; Luisa me dijo que era un tesoro. *(Recoge el retrato del altar y va hacia el cuarto)*

(La Madre arregla de nuevo el altar. Afuera se oyen voces y toques de corneta. Luego, voces en coro cantando. La Madre se asoma a la puerta. Gema sale del cuarto y rápida se acerca a la Madre)

MADRE: Deben ser federales pues llevan la bandera amarilla...

GEMA: *(Entusiasmada)* ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Viva Zamora! ¡Viva Zamora!

MADRE: ¡Niña! ¡Cállate! ¡Qué gritos son esos!

(Trata de retirar de la puerta a Gema, cuando llega una muchacha, usa sombrero pelo de guama, cruzada como una banda lleva una cartuchera, de la cintura le pende un machete en su vaina, viste falda a media pierna y calza alpargatas)

GEMA: *(Muy emocionada)* ¿Es Zamora quien viene?

MUCHACHA: ¡No! ¡Somos de la partida de El Adivino! ¿Lo han oído nombrar?

MADRE: ¡No!

MUCHACHAS: ¡Es como un profeta! ¡Habla con Dios y todo!

MADRE: (*Admirada*) ¡Con Dios! ¡Habrase visto!

MUCHACHA: ¡Sí! ¡No siempre! ¡Pero habla!

UNA VOZ: (*Del grupo*) ¡Hace milagros!

OTRA VOZ: (*Del grupo*) ¡Es un santo!

MUCHACHA: ¡Y sabe que Zamora triunfará! ¡Anda por aquí pidiendo a la gente que lo siga! ¡Va con las tropas y en cada pueblo que tomamos entra a la iglesia, sube al púlpito y dice un sermón!

MADRE: ¡Válgame Dios! ¡A lo mejor es un hombre oleado!

MUCHACHA: Ayer por la mañana habló en el pueblo de El Real. Hasta la voz le cambió... Entonces sí parecía un santo... Dijeron que por él hablaba San Juan Bautista...

MADRE: ¡San Juan Bautista, el padrino de Jesús!

MUCHACHA: ¿Me dan agua? Soy la cantinera de la tropa... Y si se consigue algún bastimento... En eso ando...

MADRE: Usted es muy joven.

(*Gema corre hacia adentro en busca del agua*)

MUCHACHA: Pero ya estoy dura como un bejuco...
Si supiera las cosas que he visto... Y las que
me faltan por ver... Ah, pero ese sol de hoy
nos h tostado.

*(Se quita el sombrero y se abanica con él.
Llega Gema trayendo una pimpina con agua
y una taza de barro)*

GEMA: *(A la Muchacha)* ¡Aquí está el agua, hay
bastante! también traje dos totumitas...
*(Tiende la taza a la Muchacha y las totumi-
tas a dos del grupo, luego les sirve agua de
la pimpina)*

MADRE: Les daremos unas totumas llenas para que
se las lleven y algo de tabaco y panela, más
nada tenemos...

MUCHACHA: *(Interrumpiendo de beber)* Se lo agra-
decemos... Ah, pero debo llevarle de esta
agua fresca al Adivino... *(Quita la pimpina
a Gema y va hacia la puerta. Afuera se oyen
gritos y voces aclamando al Adivino)* Ah,
pero no hace falta... ¡Hacia acá viene! *(Di-
rigiéndose a los hombres del grupo)* ¡Abran
campo, abran campo! ¡Ahí viene!

*(El griterío aumenta, a la puerta llega un
hombre cubierto con una túnica blanca. Es
flaco, alto, barbudo. Tiene la cabeza descu-
bierta y el pelo largo le cae sobre la espalda.
Lleva siempre la cabeza en alto. Una vez que
ha entrado a la estancia se detiene entre el
grupo de los suyos y mira con serenidad a su*

alrededor. Gema sobrecojada mira al visitante con profundo asombro y temor)

MUCHACHA: *(Tendiéndole al Adivino la pimpina y una de las totumas que ha quitado rápidamente de manos de uno del grupo) ¡Tome, agua fresca, beba!*

(El Adivino coge la totuma, la Muchacha se la llena y bebe despacio)

MADRE: *(Al Adivino)* Si desea sentarse y descansar un poco...

ADIVINO: *(Como abstraído)* ¿Descansar? Sí, debería descansar, el reposo es bueno para las almas... Pero, ¡no! ¡La lucha aguarda! ¡Sólo deseaba pedir a los que viven en este rancho que ayuden a Zamora, que no lo dejen solo, su pelea es la pelea de todos!

(Afuera las voces gritan. La Madre va a la cocina y regresa trayendo un pequeño bojote y una totuma tapada, dándoselos a la Muchacha)

VOCES: ¡Viva Ezequiel Zamora! ¡Viva el Adivino!
¡Mueran los oligarcas! ¡Pan y justicia con la Federación!

ADIVINO: *(Transfigurándose y volviéndose hacia fuera)*
¡Así es! ¡Gritenlo para que las voces suban al cielo! ¡Porque Dios en lo alto oye la voz del pueblo que clama y ha de mandar el fuego divino en ayuda de nuestras armas! ¡Todo será

un gran incendio, pero de las cenizas nacerá la libertad, la justicia, la igualdad!

UNA VOZ: (*Afuera*) ¡Zamora es la igualdad!

OTRA VOZ: (*Afuera*) ¡Zamora es la igualdad!

OTRA VOZ: (*Afuera*) ¡En la espada de Zamora brilla la libertad!

ADIVINO: (*Con voz terrible*) ¡Sí! ¡Con él marcha el fuego de nuestra hambre y sed de justicia! ¡Por eso no será perdida la sangre que reguemos!

VOCES: (*Afuera y adentro*) ¡Reguémosla!

ADIVINO: ¡Vayamos a Caracas a instaurar la libertad sobre la tumba de los oligarcas! ¡Porque el Mesías dijo: «¡Primero pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico por la puerta del cielo»!...

MADRE: (*Impresionada*) ¡Eso mismo dijo!

ADIVINO: ¡Todos los humildes vamos tras la bandera de Zamora! ¡Mañana será la gran batalla! Y voces misteriosas me han dicho que el pueblo vencerá. ¡Habrà fuego, humo y sangre, pero después viviremos sin grandes amos; sin dones!... (*A lo lejos suenan tiros, casi en descargas cerradas.*) ¡Ah, la batalla se anuncia, vamos hacia el enemigo, como tigres, como onzas, como panteras!...

MUCHACHA: (*Entusiasmada*) ¡Iremos a pelear cantando! ¡Vayamos!

ADIVINO: ¡Sí! ¡Vamos al combate! ¡Vamos con nuestro coro que anuncia tempestad!

(*Sale seguido por la Muchacha y los otros hombres, muchas voces comienzan a cantar*)

«¡Aviva las candelas
el viento barinés!

¡Aviva las candelas
el viento barinés!

¡Y el Sol de la victoria
se anuncia en Santa Inés!

¡Oligarcas temblad!
¡Viva La Libertad!

¡Oligarcas temblad!
¡Viva La Libertad!»

(*Las voces se alejan, la Madre va hasta la puerta y despide al grupo con la mano. Gema lentamente se le acerca*)

MADRE: ¡Hasta yo estoy entusiasmada; que Dios los acompañe!

GEMA: (*Saliendo del estupor*) ¡Debo irme con ellos, también puedo ser cantinera! Me gustó la voz de ese adivino, me parecía que oía a Dios!

(Intenta salir llevando la pimpina. La Madre la detiene agarrándola por un brazo)

MADRE: ¿Adónde pretendes ir? ¡Quédate quieta aquí!

(A lo lejos las voces se extinguen)

GEMA: ¡Me están llamando! ¿No oyes?

MADRE: *(Con energía)* ¡Nadie te llama!

GEMA: *(Gritando hacia afuera)* ¡Espérenme! ¡Espérenme!

MADRE: *(Tirándola fuerte por un brazo)* ¡Gema! ¿Me obligarás a que te regañe?

(Gema se inmoviliza presa de estupor pero luego rompe a llorar. La Madre cierra la puerta. Gema camina lentamente y se deja caer sobre un taburete, está abatida. La Madre se le acerca y le pasa suavemente la mano por el pelo)

GEMA: ¡Ahora voy a llorar mucho! ¡Algunas muchachas se han muerto llorando! Yo quería irme con ellos porque me llamaban, ¿no oías que me llamaban? ¡Adelante iba Zamora!

MADRE: No iba ningún Zamora...

GEMA: ¡Sí! ¡Ellos lo decían! ¿Y sabes? Su nombre es como una campana que repica y repica y todos debemos marchar tras él...

MADRE: Cálmate... Te daré tu remedio. (*Toma del altar un frasco y una cuchara y da un poco de líquido a Gema*)

GEMA: (*Luego de tomar el remedio*) ¡Zamora no va a quererme más!

MADRE: ¡No pienses eso! Ve al chinchorro y te recuestas; el remedio te hará dormir un poco.

(*Gema silenciosamente se incorpora y va al cuarto. La Madre pone el remedio en el altar. Entra el Padre*)

PADRE: No pude llegar hasta El Real, aquello está lleno de gente armada; parece que ya está peleando las avanzadas. Sin embargo las picas hacia el Pedregal están solas. ¡Debo apresurarme! (*Toma las bolsas*)

MADRE: Estoy llena de temores; hace poco pasó una partida de federales... ¿Estás seguro de que no te verá nadie?

PADRE: Me fijé con cuidado por todas partes. Además, iré por unas trochas que nadie sino yo conoce...

(*Vuelven a oírse lejos, algunos tiros*)

MADRE: ¿Por qué no esperas la noche para ir?

PADRE: No, si hay batalla puede durar varios días y los muchachos están sin comida...

MADRE: Es verdad.

PADRE: Sería un pretexto para venirse...

MADRE: Tienes razón. Aunque, si las cosas siguen así, ¿dónde podremos conseguir más víveres? Apenas nos queda carne seca, papelón y casabe en la vasija que enterré.

PADRE: Ya pensaremos en eso. ¡Alcánzame el machete! ¡Iré rápido! *(La Madre le alcanza el machete que toma de un rincón, el Padre sale)*

MADRE: *(Desde la puerta)* ¡Que Dios te cuide!

(Gema sale del cuarto)

GEMA: ¡Oí la voz de papá! ¿Dónde está?

MADRE: Fue a buscar agua. ¿Por qué te levantaste del chinchorro?

GEMA: ¡Por las canciones! ¡Papá las oyó y se fue con ellos! ¿Le fue a llevar agua a Zamora? ¿Verdad? ¡Yo también quiero ir! *(Trata de ir hacia la puerta, la Madre la detiene)*

MADRE: ¡No se puede salir! ¡Qué ocurrencia, hay tiros lejos!

(En la puerta tocan fuerte, la Madre y Gema se alarman, los toques se repiten)

GEMA: (*Reponiéndose de la inquietud y con voz alegre*) ¡Es el Adivino que ha vuelto! ¡Estoy segura de que es él con su cara de santo!

MADRE: (*Hace señas a Gema para que ésta se calle*) ¿Quién es?

Voz: (*Desde afuera*) ¡Es Francisca! ¡Francisca la de Río Viejo!

MADRE: (*Abriendo la puerta con rapidez*) ¡Francisca! ¿Qué haces por aquí? Juan fue hace rato por allá y no pudo pasar...

FRANCISCA: Mejor fue así, pues lo andan buscando...

MADRE: (*Alarmada*) ¿A Juan? ¿Quién los busca?

FRANCISCA: Una comisión del Gobierno. Un sargento me estuvo interrogando para que le dijera dónde vivía... ¡Han preguntado por todas partes!

MADRE: ¿Y para qué lo buscarán? Juan en nada se ha metido...

FRANCISCA: ¡Para que les sirva de baqueano; se enteraron de que lo llamaban el Mapa de Barinas...!

MADRE: Era cuando la Independencia que le decían así a Juan...

FRANCISCA: ¡Los que iban en la comisión hablaban de que la falta de concedores de estos lugares los está haciendo perder el tiempo y gente en la persecución de Zamora...

MADRE: ¡Ay, Dios mío! ¡Juan anda por fuera!

FRANCISCA: Hay que avisarle... Quizás hasta por aquí no vengan ahora, pues hacia el norte comenzaron a tirotearse las avanzadas...

Madre: Pero si lo necesitan como dicen, pueden haber destacado más comisiones en su busca...

GEMA: Yo iré a buscarlo y lo llevaré donde Zamora para que lo cuide... ¿Voy?

MADRE: ¡No! ¿Quién te ha dicho que puedes salir? Tu papá regresará pronto. Ve a la cocina y tráele rápido un cafecito a Francisca, anda. *(Gema obedece con prontitud y va la cocina)* Todos estos líos de guerras y federales la han puesto peor. La que se va a volver loca ahora soy yo...

FRANCISCA: Hay que ser fuerte, también por allá tenemos muchas angustias. No pasa noche sin que veamos a alguno, o sepamos que en cualquier lugar mataron a fulano o a zutano...

MADRE: *(Santiguándose)* Bien dicen que esto es el final del mundo...

FRANCISCA: Así es, por mi parte vivo pensando cómo vamos a comer mañana o qué nos irá a suceder...

MADRE: Esos pensamientos me atormentan a cada instante... Y no puedo desahogarme con nadie.

FRANCISCA: Te comprendo, tampoco hablo de mis angustias para no preocupar a los hombres viejos que aún quedan en la casa..

MADRE: Así es como tenemos que comportarnos...

FRANCISCA: Menos mal que todavía ustedes están juntos.

MADRE: Y debemos dar gracias a Dios que sea así...

GEMA: (*Entrando con un pocillo de café que ofrece a Francisca*) Era el último poquito de café que quedaba, pero cuando el santo vuelva a pasar por aquí hará que aparezca más allá en la olla... Beberemos café bendito...

MADRE: (*A Gema*) Ahora vuelve a la cocina y lava los coroticos, ¿quieres?

GEMA: (*A Francisca, mientras camina hacia la cocina*) ¡Voy a ser cantinera de los federales!

FRANCISCA: (*Después de tomar el café y poniendo el pocillo sobre la mesa*) ¡Pobrecita! ¿Y los muchachos por dónde andan?

MADRE: ¡Cogieron al monte, no queremos que lo recluten!...

FRANCISCA: Jacinto y Eduviges, los mayores de mi hermana Encarnación hicieron los mismo, pero Evaristo y José María están con los federales, y también los cinco de Natividad...

MADRE: ¡Esta guerra es como un incendio! (*Ha buscado un paño y se lo pone por la cabeza en actitud de salir*)

FRANCISCA: Si piensas buscar a Juan yo puedo quedarme un rato para cuidar a Gema...

MADRE: Te lo iba a pedir... No debe quedarse sola... (*Tocan la puerta*) Ojalá sea Juan. (*Con premura abre, entra Carlos*) ¡Carlos! ¿Qué sucedió?

CARLOS: Oímos que se pelea por aquí y supusimos que corrían peligro...

MADRE: ¡No has debido venir, es una locura!

FRANCISCA: Muchacho, ¿por qué no te quedaste donde estabas?

CARLOS: José Antonio y yo sorteamos para ver quién vendría y gané yo.

MADRE: ¿Y tu padre?

CARLOS: ¿No está aquí?

MADRE: Fue hace rato a llevarles los bastimentos,
¿no lo viste?

CARLOS: Cuando salí no había llegado. Quizás tomó
por la parte alta mientras que yo venía por el
fondo de los barrancos...

(Los tiros vuelven a oírse nutridos)

MADRE: ¿Le habrá pasado algo?

CARLOS: ¡Regresaré a buscarlo!

MADRE: ¡No! ¡Cómo vas a hacer eso! ¡Iré yo!

CARLOS: ¡No permitiré que lo hagas!

FRANCISCA: Las viejas podemos andar por fuera sin
muchos riesgos.

MADRE: ¡Tengo que hacerlo, corre peligro, lo bus-
can...! ¡Francisca vino a decírnoslo!

CARLOS: *(Alarmado)* ¿Quién lo busca?

FRANCISCA: Las tropas del Gobierno... Quieren uti-
lizarlo como baqueano...

CARLOS: ¿Para perseguir a Zamora? ¡Están locos!
Además, papá está muy viejo.

MADRE: ¡Qué les importa!

CARLOS: ¡Iré yo! (*Va a salir pero la Madre lo detiene por un brazo*)

MADRE: ¡Recuerda que eres tú y tu hermano quienes deben cuidar a Gema!...

(*Llega el Padre*)

PADRE: (*A Carlos*) ¡Desobedeciste! ¡Creí que tendrías palabra!

CARLOS: ¡Estar escondido me humilla! ¡Ustedes aquí aislados corriendo peligros y nosotros allá encuevados!... ¡Debes comprenderme! ¡Oímos los tiros, las cornetas, supusimos muchas cosas!...

PADRE: Los tiempos han cambiado mucho, antes los hijos no violaban las promesas que habían hecho a sus padres...

CARLOS: No salí del escondite para irme sino para venir a acompañarlos, y tenía razón... ¡Corres peligro!

PADRE: ¡No tienes excusas! ¡Los únicos que corren peligro si los encuentran aquí, son tú y José Antonio, pero él ha obedecido...!

CARLOS: ¡Tú corres más peligros que todos! ¡Te buscan los centralistas!

PADRE: ¿A mí?

FRANCISCA: ¡Sí! ¿No le ha extrañado encontrarme aquí? ¡Vine a avisarle!

CARLOS: (*Al Padre*) ¿Te olvidaste que fuiste un baqueano famoso?, por eso te buscan...

MADRE: ¡Anda una comisión preguntando por ti!

CARLOS: Ya sabes cómo tratan a los baqueanos... Los amarran para que no se fuguen y si dan una pista equivocada los arreglan con cuatro tiros y listo...

PADRE: Vas a enseñarme ahora.

CARLOS: Es bueno que comprendas cuál es tu situación...

PADRE. (*Sonriendo*) ¡De manera que aún este carapacho puede ser útil! ¡Hasta risa me da!

MADRE: En vez de reírte piensa en esconderte...

PADRE: ¿Esconderme?

MADRE: ¡Sí! ¡Y rápido!

FRANCISCA: ¡No hay tiempo que perder!

PADRE: (*Señalando a la Madre*) Guadalupe no puede quedarse sola con Gema, cercas de las tropas merodean forajidos armados... Abusadores.

CARLOS: ¡Yo me quedaré a cuidarlas, si hay alguna novedad me escondo cerca y listo!

PADRE: ¡Hablas como un tonto, en los peligros es que no deben quedarse solas!

CARLOS: Me refería a comisiones de reclutas...

PADRE: ¿Y cómo se sabe a lo que vienen?

FRANCISCA: El remedio está en que se vayan todos de estos lugares...

PADRE: Sí, podría ser. Pero, ¿adónde ir? ¿No nos moriríamos de menguas por esos caminos? ¿Qué recursos tenemos para llevar y sostenernos?

MADRE: En casos como éste, desesperado...

PADRE: (*Terco*) De estos lugares no me iré, tengo raíces en esta tierra... No me iré ni que el amo ni el Gobierno lo quieran... Soy como una palma de estas sabanas y quiero morir en ellas...

MADRE: Si te reclutan para baqueano quién sabe dónde morirás... Dios te ampare...

PADRE: Se me ocurre una cosa...

CARLOS: ¿Qué?

PADRE: ¿Y si me presento personalmente para que vean que ya estoy viejo y no sirvo para eso?

FRANCISCA: ¡No toman en cuenta nada! ¡Al viejo Lisandro nada más porque sabe la posición de muchos morichales se lo llevaron!

PADRE: ¿Y si me ofrezco para servirles?

CARLOS: ¿Tú sirviéndoles a ellos? ¡A los oligarcas! ¡A los godos! ¿Mi padre con la gente que persigue a Zamora?

PADRE: Ya te he dicho que no creo en Zamora... ni en los oligarcas tampoco...

CARLOS: ¡Pero no puedes ayudar a quienes luchan contra Zamora!

PADRE: ¿Por qué?

CARLOS: ¡Porque Zamora somos nosotros! ¿No lo entiendes?

PADRE: Nosotros somos únicamente la familia Yari... ¡Padre, madre y tres hijos! No tenemos a más nadie sobre la tierra y debemos defendernos solos... Si el Gobierno me garantiza que sirviéndole de baqueano a sus tropas no se van a meter con Guadalupe, con Gema, con ustedes, yo estoy dispuesto a hacerlo...

CARLOS: ¡No me gusta oírte hablar así!

MADRE: (*Tratando de evitar que la discusión se agrie y dirigiéndose al Padre*) ¿Qué harás entonces?

PADRE: Necesito pensarlo. Todos no podemos ocultarnos en la mata del pedregal, nos moriríamos de hambre... Mañana caminaré un poco hacia el sur, donde cae la ruta de Apure para informarme si podemos vivir por allá, mientras pasa todo esto... Una vez tranquilas las cosas nos regresaremos, mi sabana me hace falta...

CARLOS: ¡Puedo acompañarte!

PADRE: No, volverás donde tu hermano...

(Se oyen tiros cercas y algunos gritos)

FRANCISCA: ¿Qué ocurrirá? Parece que es cerca de aquí.

MADRE: Pueden estar peleando.

(Los tiros cesan, los gritos se alejan hasta hacerse imperceptibles)

FRANCISCA: Es bueno averiguar, podría asomarme...

MADRE: Sí... Conviene saber qué ocurrió... Pero...
(Al Padre y a Carlos) No deben asomarse ustedes, iremos Francisca y yo...

PADRE: Hace poco andaba por fuera... No voy a estar encerrado...

MADRE: *(Haciendo un gesto al Padre para que permanezca quieto)* Puede ser la comisión que te busca... Ven, Francisca...

(Sale seguida por Francisca. El Padre y Carlos van a asomarse a la puerta pero la Madre regresa, la cierra y vuelve a irse. Carlos y el Padre se miran el uno al otro inquietos y tensos. Entra Gema)

GEMA: ¿Qué pasa en la sabana? Mientras fregaba oí tiros y gritos... Los federales dijeron que iban a pelear... Quiero ver si son ellos... *(Va hacia la puerta, el Padre la detiene)*

PADRE: Quédate aquí, tu mamá ya viene...

(Gema trata de ver hacia fuera por las rendijas de la puerta)

CARLOS: Hemos debido ir nosotros. No me gusta eso de que seamos los hombres quienes tengamos que cuidarnos.

PADRE: ¡A qué hombre le gusta eso!

CARLOS: Una vez dijiste que cuando peleabas en la Independencia la vida no te importaba...

PADRE: Tenía otros pensamientos... Ustedes no habían nacido, ni los otros, pero peleaba imaginando que hacía algo por el porvenir...

CARLOS: ¿Y no crees que ahora algunos jóvenes podemos pensar lo mismo? ¡Fíjate en las zozobras que andamos! ¿Por culpa de quién? De los oligarcas... ¿Y vamos a seguir así?

PADRE: ¡No sé de política! ¡Creo que mi deber es cuidar a mi familia!

CARLOS: No se trata de política... Tampoco sé qué es. Pero veo que otros dan la cara a la situación para mejorar las cosas nosotros nos salvamos escondiéndonos... ¡Somos unos cobardes! ¡Nos enseñas a ser cobardes!

PADRE: (*Encarándose a Carlos*) ¡Nadie me dijo eso nunca! ¡Debería romperle la cara!

GEMA: (*Interviniendo y al Padre*) ¿Qué sucede? ¿Por qué le dices así a Carlos? (*A Carlos*) No te pongas bravo, sonríete... Cuando haga las tinaja y las venda te voy a regalar una guitarra... Romperé la totumita donde tengo los centavos...

CARLOS: (*A Gema*) No estoy bravo...

Gema (*Al Padre*) A ti te daré una franela... ¿Viste la que te cosí?

PADRE: Sí, quedó muy bonita...

GEMA: Voy a buscarte otra que estoy arreglando para que la veas... (*Va al cuarto.*)

PADRE: ¿Ves? ¿Cómo podemos dejarla sola?

(*Llegan la Madre y Francisca*)

MADRE: Se tirotearon dos patrullas enemigas y en el cruce de de los caminos hay un hombre herido... Se queja...

FRANCISCA: Es un oficial, parece que de las tropas centralistas...

MADRE: Quisimos recogerlo y traerlo hasta aquí para socorrerlo, pero pesaba mucho... Es joven y debe estar mal herido...

CARLOS: Si es un jefe oligarca, qué nos importa...

PADRE: ¡Cállate! Es un hombre herido, ven, vamos a buscarlo...

(El Padre sale, Carlos lo sigue en silencio. Llega Gema con una franela vieja en las manos)

GEMA: ¿Qué paso? ¿Para dónde fueron papá y Carlos?

FRANCISCA: A buscar un mozo que está herido allá lejos...

GEMA: ¿Lo traerán aquí?

MADRE: Sí, no podemos dejarlo allí a merced de las fieras...

GEMA: *(A Francisca)* ¡Qué bueno que lo traigan, yo lo cuidaré! Sé cuidar enfermos... *(A la Madre)* ¿Verdad que sí?

MADRE: Sí, pero curar heridas es distinto

FRANCISCA: Las heridas no se curan bien si se gangrenan... Muchos he visto morir así...

GEMA: ¿El herido es de los de Zamora?

MADRE: No se sabe...

GEMA: Si trae la camisa rota se la coseré... Papá me dijo que yo coso muy bien...

MADRE: Sí, podrías hacerlo... Pero ve a la cocina y pones a calentar un poco de agua, seguramente se necesitará...

GEMA: Lo haré rápido... (*Va a la cocina*)

MADRE: (*Yendo hacia el altar*) Veré qué remedios tenemos aquí...

(Entran el Padre y Carlos trayendo al Herido; es el brigadier Mérez. Con cuidado lo colocan en el catre; Mérez no trae chaqueta y está sin sentido)

FRANCISCA: ¿Será grave la herida?

PADRE: Parece que es grave, tiene destrozada la cadera izquierda además de ese tajo sobre la frente...

CARLOS: El sol de la sabana también lo ha perjudicado... Venía delirando...

PADRE: En los bolsillos del pantalón tenía estos papeles. (*Saca unos papeles y los muestra a la Madre*) Es un oficial de los del Gobierno, se llama el brigadier Luis Mérez... La chaqueta deben habérsela robado junto con el quepis y la espada...

CARLOS: Si la gente de Zamora sabe que tenemos aquí a un oligarca centralista van a creer que somos enemigos o espías...

MADRE: No pueden creer eso. Es un herido y debemos atenderlo... Hoy por ti y mañana por mí...

PADRE: Además, no habrá necesidad de que descubran a qué bando pertenece. (*Rompe los papeles y los tiende a la Madre*) Quémalos, sabemos que se llama Luis Mérez y eso nos basta (*La Madre toma los papeles y los lleva a la cocina*) Ahora le quitaremos las botas para esconderlas... (*Quita las botas al Herido*)

CARLOS: Se morirá aquí...

PADRE: Pero no morirá de mengua, tu madre lo atenderá...

MADRE: Ya hay agua caliente, le eché unas ramas de romero y llantén... curan y desinflan...

(*Suenan a lo lejos tiros y toques de cornetas*)

PADRE: ¿Oyen? Siguen tocando posiciones. Todo eso no son sino los preliminares... La gran batalla a lo mejor ocurre lejos...

FRANCISCA: Debo irme, el trecho por caminar es largo y mi gente debe estar preocupada...
(*Se pone el paño por la cabeza*)

MADRE: No sé cómo agradecerte la información que nos trajiste...

FRANCISCA: Lo mismo hubieras hecho tú por alguno de los míos... Bueno, andaré rápido. (*Sale.*)

MADRE: (*Despidiéndola desde la puerta*) ¡Que Dios te cuide!... (*Cierra la puerta y se dirige a Carlos y al Padre*) Deben ir a esconderse sin perder más tiempo...

CARLOS: (*Mostrando al Herido*) ¿Quién lo cuidará de día y de noche?

MADRE: Yo, me siento con fuerzas para hacerlo.

PADRE: (*A Carlos*) Te acompañaré hasta el escondite, allí permanecerás hasta que yo regrese...

MADRE: (*Al Padre*) ¿Qué piensas?

PADRE: Caminaré hacia el sur para averiguar si podemos vivir por allá, y de paso buscaré al curandero Matías que vive por esos lados.
(*Señala al Herido*)

MADRE: Quién sabe de dónde será este joven.

PADRE: ¡Pobre! (*A Carlos*) Vamos, no hay tiempo que perder; pueden volver a tirotearse...

(El Padre sale seguido de Carlos. La Madre cierra la puerta. Gema regresa con una olla de barro cocido llena de agua caliente y unos trapos. Ambas se ponen a atender al Herido; éste vuelve a delirar)

MÉREZ: ¡Corneta, toque paso de ataque! (Trata de incorporarse) ¡Debemos avanzar con fuego cerrado!... ¡Avanzar! ¡Avanzar!

(Gema lo mira asombrada)

MADRE: Le daremos ahora agua de saúco para que duerma...

(Va a la cocina. Gema pone la mano sobre la cabeza del Herido y lo acaricia... Oscurece)

Telón.

TERCER ACTO

El mismo escenario anterior, días después en horas de la noche.

En escena se encuentran el Herido y Gema. Esta le pone paños húmedos en la frente. El Herido está enfebrecido y delirante. Entra la Madre

MADRE: Ya el cocimiento va a estar, ojalá tenga fuerza para beberlo.

GEMA: La cabeza le arde, ni estos paños húmedos se la enfrian.

MADRE: El curandero Matías dijo que si se salvaba era por un milagro (*Le palpa una mano al Herido*) De anteayer a hoy se ha puesto más amarillo. La fiebre lo consume.

GEMA: Dios quiera que no vuelva a gritar como antes.

MADRE: Dicen que los enfermos cuando se van a morir ven cosas y por eso hablan solos y gritan.

GEMA: Me da miedo.

MADRE: Si han sido buenos, las cosas que ven no son feas.

GEMA: ¿Él sería bueno?

MADRE: Tal vez sí, es muy mozo, se parece a tus hermanos, ellos tienen buen corazón...

GEMA: ¿Él estaba con Zamora verdad? No me has querido decir de qué bando es.

MADRE: ¡No lo sé! Nada importa de qué bando sea. Es un joven que puede estar próximo a la muerte.

GEMA: Estoy segura que es de los de Zamora.

MADRE: Quién sabe.

GEMA: Ayer cuando abrió los ojos le pregunté si le gustaba la bandera amarilla y me sonrió.

MADRE: No debes molestarlo, puede perturbársele más el cerebro. (*Va al cuarto y regresa con una bolsa*)

GEMA: ¿Para qué es la bolsa?

MADRE: Esta noche debe venir tu padre para saber cómo estamos y llevarse algo de comer... Además, teme que el herido muera de un momento a otro... Habrá que enterrarlo...

GEMA: No quiero que muera. Llamaré al Adivino para que lo cure... Hace milagros...

MADRE: Mejor es que le reces a otros santos. Yo también lo hago. (*Con la bolsa va a la cocina*)

HERIDO: ¡Tengo sed! ¡Agua!

GEMA: (*Dulcemente*) Matías dijo que si usted bebe agua se muere... Y él sabe mucho...

HERIDO: (*Quiere incorporarse. Gema lo contiene y lo acuesta con suavidad*) ¡Qué hay por la sabana! ¡Ah, sí! ¡Están saliendo de la tierra caballos de fuego!

GEMA: (*Poniéndole otro paño húmedo sobre la frente*) No, eso es mentira... Los caballos de fuego están en el infierno...

HERIDO: (*Gritando*) ¡Al ataque! ¿Dónde está el corneta? ¡Mataron al corneta!

GEMA: ¡Me asusta! No grite así... Me voy a ir...

HERIDO: ¡Hay que acabar con Zamora! ¡A la bayoneta! ¡A la bayoneta!

GEMA: ¿Por qué dice eso?

HERIDO: ¡Plomo con ellos! ¡Que no quede un solo federal!

GEMA: ¿Usted es de los otros?

HERIDO: (*Jadea fuerte con respiración fatigada*)
¡Quemaron la sabana! ¡Me ahogo!

GEMA: (*Dándole la espalda*) Usted es malo...

HERIDO: (*Semincorporándose*) ¡Qué sed! ¡Qué sed!
Zamora tiene sed de sangre... ¡La sabana
hierva con sangre!

GEMA: ¡Mamá dijo que usted había botado mucha
sangre!

HERIDO: ¡Quítenle ese sol a Zamora! Todos vamos a
arder. ¡Somos un pajonal reseco!

GEMA: (*Interesándose otra vez por el Herido*) Des-
pués que se queme la sabana la sembrare-
mos... Así hacemos siempre...

HERIDO: ¡Abajo la Federación! (*Se semiincorpora*)
¡Griten abajo!

GEMA: ¿Cómo es eso? (*Mirando hacia el suelo
como si hubieran otras personas en la es-
tancia*) ¡Nadie grite! ¡Luisa y yo nos pon-
dremos brava si alguien grita! (*Sonriendo*)
¡Queremos mucho a Zamora y a la Fede-
ración! (*Al Herido*) Usted habla así porque
está enfermo... Pero yo lo curaré y no dirá
más esas cosas... Zamora es bueno... Y los
hermanos de las muchachas que lavan en el
río están con los federales...

HERIDO: ¡Sangre! ¡Venezuela es un río de sangre!
¡Cabo, dame agua, que ya la candela me
llegó a la garganta!

GEMA: (*Dirigiéndose a alguien imaginario*) ¡No le dé agua; cabo, le hará daño!

HERIDO: El potro de Zamora deja llamaradas sobre la sabana...

GEMA: (*Al Herido*) ¡Usted inventa cosas! ¡El potro de Zamora no es de fuego! Yo lo he visto... A veces hay lirios bajo sus cascos...

(*A lo lejos se oyen cornetas y tambores y luego gritos y cantos y Gema se inquieta, alegre, y mira hacia la puerta*)

HERIDO: ¡Son una chusma de bandidos! ¡Bandidos!

GEMA: ¿Cómo bandidos? ¡Usted está loco, es Zamora que viene hacia acá... es Zamora! (*Abre la puerta y se asoma al dintel; las cornetas vuelven a oírse lejos*) ¡Allí viene! (*Al Herido*) ¿No oyes las cornetas y los tambores? (*Vuelve la vista hacia la puerta*) ¡Ya está cerca y baja de su caballo!

HERIDO: ¡Al ataque! ¡Al ataque! ¡Ya Zamora retrocede!

GEMA: ¿Cómo que retrocede? ¿Está usted sordo? ¡Ya viene hacia acá!... ¡Es Zamora que viene! ¡Oigo sus pasos sobre el camino! (*Gema abre totalmente la puerta*) ¡Ya está llegando! (*Dando paso a alguien imaginario*) ¡Pase usted, General! ¡Pase! ¡Qué alegría tengo de verlo! ¡Ah, está fatigado y suda! ¡Pero Luisa me ha dicho que usted es fuerte como

una lanza! ¿Sus hombres quedarán afuera? Es mejor... Tome, siéntese... (*Acerca un taburete*) Ah, es cierto que sus ojos son azules. Yo he deseado irme con sus tropas... De cantinera... (*El Herido gime, Gema va hasta él y le acaricia el pelo hablándole*) Es Zamora que nos visita... (*Hacia el taburete*) General, es un herido que recogieron papá y Carlos... (*Acercándose al taburete*) Se lo diré a usted solo. (*Habla quedo*) Es de los otros, pero yo haré que se vuelva bueno... Mamá dijo que tiene buen corazón...

HERIDO: El enemigo está cantando... Es un insulto... ¡Abajo Zamora! ¡Abajo! (*Respira fatigosamente*)

GEMA: (*Hacia el taburete*) ¡No le haga caso! ¡Mira visiones porque es malo! Ah, General, Luisa me contó que usted quiere a los campesinos... Una vez un muchacho en el pueblo me dijo que yo era una campesina bonita... Usted también es buen mozo y ya sé que adorna las crines de su caballo con flores de chiquichique... Todo para usted debe ser amarillo como el sol cuando amanece... Yo sé por qué usted pelea... Me lo dijeron las muchachas... Los ricos han sido malos... Una me contó que en Río Viejo abusaron de la esposa de un bodeguero que se llamaba Espinoza... Él se volvió loco... ¿Loco? A mí una vez me dijeron loca... ¿Cuándo fue? Yo rezo para que no me digan así...

HERIDO: ¿Por qué rezan tanto esas mujeres? ¡Van por una calle larga! ¡Cuántas cruces! Está bajando un río de cruces...

GEMA: (*Hacia el taburete*) Cuando dice esas cosas me da miedo... (*A lo lejos se oye nuevamente una corneta*) ¿Oye? ¡Son los suyos, yo les conozco el toque de su cornetas! Pero, no se ponga de pie... ¿Se va a ir? Un momento, le mostraré su retrato... Se lo cambié a Luisa por una cota... (*Va adentro*)

HERIDO: (*Gimiendo*) ¡Agua! ¡Han incendiado el agua! ¡No quiero esa agua de fuego!

GEMA: (*Saliendo de la habitación con un retrato de Zamora en la mano*) Ah... (*Se sorprende viendo el taburete*) No está... Se ha ido... (*Va hacia la puerta mostrando el papel*) ¡General! ¡General! ¡Mire! ¡Es su retrato! (*Se detiene en el dintel y habla hacia afuera*) ¡Es usted! ¡Luisa me dijo que era un tesoro! ¡Se ha ido! (*Regresa y se sienta en el taburete*) Lo llama la guerra... (*Vuelve ansiosa a la puerta y grita hacia fuera*) ¡¡Viva Ezequiel Zamora!! (*Vuelve adentro*)

HERIDO: Zamora debe morir... Se lo he dicho a todos...

GEMA: (*Al Herido*) ¿Por qué dice usted eso? ¡Me da dolor!

HERIDO: ¡Démosle morocotas a ese hombre! ¡Él lo matará!

GEMA: ¿Quién es ese hombre?

HERIDO: Camina... Camina sobre las cruces...
anda... anda...

GEMA: ¿Por dónde va?

HERIDO: ¡Busca a Zamora! ¡Síguelo!

GEMA: (*Presa de angustia*) ¿Por qué va a seguirlo?...
¿Por qué? ¡Yo avisaré a Zamora! (*Toma el
pañó de la Madre y se lo pone por la cabeza*)

HERIDO: ¡Zamora! ¡Va a morir... y de su calavera
quedará una llama!

GEMA: ¡No va a morir! ¡Le diré que un hombre lo
sigue!

(*Coloca el retrato de Zamora bajo la almo-
hada del Herido y sale rápidamente afuera.*)

HERIDO: ¡Zamora! ¡Tengo sed! ¡Tengo sed!

(*Entra la Madre*)

MADRE: (*Acercándose al Herido y tocándole la
cabeza*) ¡Vuelve a delirar, está peor!

HERIDO: ¡Agua! ¡Julia Rosa, hermanita! ¡Agua!

MADRE: ¡Pobre! Le daré al agua... Matías lo prohi-
bió, pero (*mueve la cabeza con desaliento*) si
la toma o no la toma será lo mismo... (*Cami-
na hacia el cuarto*) ¡Gema! ¡Gema! ¡Ven acá!

(Se extraña que no responda Gema y penetra al cuarto) ¿Qué haces? (Sale extrañada de no encontrarla en él) ¿Qué se haría! (Vuelve a llamar) ¡Gema! ¡Gema! ¡Esa niña es capaz de haber salido! ¿A dónde iría? La noche está muy oscura. (Busca su paño y como no lo encuentra va al cuarto y busca otro. Luego recuerda el agua del herido y pasa a la cocina regresando con un pocillo. Da agua al Herido muy lentamente, sujetándole la cabeza con una mano) Pobrecito... Está ardiendo en fiebre.

(La Madre se incorpora, deja el pocillo sobre la mesa, busca un trozo de papel viejo, lo prende en la lamparita del altar y con él enciende el farol, lo toma y poniéndose el paño por la cabeza sale afuera rápidamente dejando la puerta abierta. El Herido jadea de nuevo cansadamente y trata de incorporarse pero cae pesadamente sobre el catre. Por la puerta se asoma un soldado centralista armado de chopo y machete. Mira escrutadoramente al interior y penetra con sumo cuidado tratando de no hacer ruido. Mira al Herido y se inquieta. Retrocede hacia la puerta y llama)

SOLDADO: ¡Cabo! ¡Cabo! ¡Aquí está un herido!
(Hacia adentro) ¿No hay más nadie en la casa? ¡A ver! ¡Salgan!

(Llega el Cabo)

CABO: *(Viendo al Herido con cuidado)* ¡Ah! ¿Quién más hay en el rancho?

SOLDADO: Parece que más nadie... De todos modos es bueno registrar... (*Avanza hacia la cocina con el chocho montado. El Cabo lo detiene por un brazo*)

CABO: ¡Con cuidado! ¡Todos esos ranchos son nidos de enemigos! (*Grita hacia adentro fuerte*) Alerta los de la casa. ¡Patrulla del Gobierno! (*Pausa.*) ¡No hay nadie! ¡Quizás estén escondidos... Veamos al herido... (*Se acerca al Herido y lo palpa*)

SOLDADO: Ya huele a tumba... ¿Quién será?

HERIDO: ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡No veo sino tumbas!

CABO: (*Al Soldado*) Vamos a ver... (*Registra los bolsillos del pantalón del Herido*) No tiene papeles... Y por aquí, veamos...(*Mete las manos por debajo de la almohada*) Ah, un papel... (*Saca un papel con el retrato de Zamora*) Mira raso, mira... ¡Un retrato de Zamora! ¡Sí, porque éste es Zamora! ¡Lo reparten los federales! ¡En el rancho hay enemigos! ¡Debemos cuidarnos! (*El Soldado monta el chocho y da vueltas con sumo temor*) Ya presumía yo que nos habíamos alejado mucho del resto de la patrulla. Quizás estamos tras las avanzadas enemigas... En algún refugio de jefes... (*Rápidamente se asoma a la puerta de la cocina y mira hacia adentro*) Ah, ahí veo una bolsa... (*Penetra y sale rápido con la bolsa de provisiones*)

SOLDADO: ¿Qué habrá allí?

CABO: Parece que son provisiones... vamos a ver...
(*Pone el saco sobre la mesa y lo registra*) Sí, mire... Carne seca... Panela, casabe... Bastimentos para el enemigo...

SOLDADO: En buena hemos caído...

CABO: Buscaremos al resto de la patrulla... Hay que hacer una limpieza por aquí...

HERIDO: ¡Cabo, debemos avanzar... avanzar...!

(*El Cabo se inquieta*)

SOLDADO: ¡Habla solo, se está muriendo!

CABO: ¡No me gusta! (*Saca las provisiones y las vuelve a meter en el saco*) Te fijas, es de todos estos ranchos que amparan a los de Zamora... Cuidado para sus heridos... Bastimentos, armas... por eso, cuando el Sargento me mandó hacia acá, se lo dije... Nada de contemplaciones con esos campesinos... ¡Plomo y filo de machete!

SOLDADO: ¡Así es, mi cabo! Pero... Necesito coger brio con otro traguito... (*Saca de un morral un frasco, toma un trago y ofrece al Cabo. Éste bebe también y devuelve el frasco al Soldado quien lo guarda*)

CABO: No hay como el aguardiente con pólvora para entonarlo a uno... Lástima que ya se nos va a acabar...

SOLDADO: Quizás por estos ranchos encontremos más...

(Entra la Madre, el Soldado la apunta con el chopo)

MADRE: ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

CABO: ¡Gente del Gobierno! ¿Cuántos vienen contigo?

MADRE: Ando sola...

CABO: ¿Todos aquí son federales, verdad? Ése...
(Señala al Herido) Tú y quién sabe cuántos más... Los cuidan, les llevan provisiones...

HERIDO: ¡No hay sino banderas amarillas! ¡Por todas partes banderas amarillas!

MADRE: *(Enérgica)* ¡Quiero saber qué buscan en este rancho!

CABO: Poco a poco, vieja, no gruñas ni peles los dientes... Estamos patrullando. Y para que lo sepas *(Alzando la voz)* ¡y lo oiga alguien si está escondido por ahí! ¡Ando con treinta hombres armados y todos están cerca y si creen que nos pueden dejar fríos se equivocan! ¡Al sonar un solo disparo o pegar yo un leco estarán aquí y de esto no queda cenizas!

MADRE: ¡No somos federales! *(Al Soldado)* ¡Y puede bajar esa arma, no me va a asustar!

SOLDADO: Eso quisieras tú... Yo he visto muchas iguales a ti echándonos plomos con la gente de Zamora... Al tuerto Margarito, que en paz descansa, lo dejó frito una parecida a ti... Cualquiera cree en estas viejas entecas...

MADRE: ¡Respéteme, puedo ser su mamá! ¡Y él (*señala al Herido*) no es federal! Peleaba con las tropas centralistas y cayó herido cerca, yo lo traje hasta aquí...

CABO: (*Acercándole un dedo a la cara de la Madre*) ¡Abre la boca a ver si muerdes, vieja bruja! ¡Me vas a hacer creer que tú solita lo trajiste en peso hasta aquí! ¡Ni que yo fuera un pazjuato! ¿Tengo yo cara de un pazjuato?

MADRE: ¡Pregúnteselo a un hombre!

HERIDO: ¡Hombres! ¡Necesito más hombres para el ataque!

SOLDADO: (*Al Cabo*) No le digo... Estas eran las viejitas que en la batalla de El Palito peleaban contra nosotros con lanzas y guayucos... Cada vez que veo a alguna me acuerdo del finado de Margarito... Le encantaban las mujeres... Y ya ve, le mandaron un beso en una bala...

CABO: (*A la Madre*) ¿Cuántos federales viven aquí? ¿Quiénes trajeron a ése? (*Señala al Herido*) ¡No puedes vivir sola, ningún campesino vive solo!

MADRE: ¡No somos federales, ya se lo he dicho! Al contrario... ese joven herido es del Gobierno...

CABO: (*Mostrándole el papel con el retrato de Zamora que tenía oculto en una mano*) ¡Y esto! ¡Es una prueba que no puedes negar! ¡Un retrato de ese bandido con un pedazo de proclama! ¿Y sabes dónde estaba? ¡Bajo la almohada de ése! (*Muestra al Herido*) Y los bastimentos esos. (*Muestra el saco*) ¿Para quiénes eran? ¡Di!

SOLDADO: ¡Contesta, bruja!

(*La Madre permanece silenciosa*)

CABO: ¿Ves? ¡Estás descubierta! ¡Debes tener armas escondidas, las buscarás conmigo! ¡Vamos!

(*Empuja a la Madre hacia el cuarto y tras ella, el Soldado queda apuntando con su chopo al Herido. Este jadea levemente*)

HERIDO: ¡Mamá! ¡Bailaremos todos los apamates!

SOLDADO: ¡Lo que eres tú no comes arepa mañana! Y es mejor, pues si pudieras andar el cabo te sacaba a la sabana y aunque tiene buena puntería le gusta practicar... Es vengativo, allá por su pueblo los federales le bajaron un hermano... El único que tenía...

(*Por la puerta asoma la cabeza el Padre. Ve al Soldado y se esconde hacia fuera. Regresan del cuarto la Madre y el Cabo. Éste la amenaza con el sable*)

CABO: *(Al Soldado)* ¡No hay nada! Chinchorros, trapos y un baúl con chucherías... de mujer... debe haber aquí una muchacha buena moza... Dame otro trago... El olorcito de esas ropas de mujer me puso incómodo...

(El Soldado le tiende el frasco, el Cabo bebe y se lo devuelve; el Soldado también bebe y luego lo guarda)

SOLDADO: ¡Ojalá sean dos! ¡Aunque en Barrancas conseguí una y me echó una gran broma! *(A la Madre)* ¿Dónde se esconde la muchacha? ¡Anda, vieja, di! ¿En la cocina? ¿En el corral? ¿Afuera? ¡Vamos a buscarla, muévete!

(El Cabo empuja a la Madre hacia la cocina y la sigue, el Soldado también va tras ellos.)

SOLDADO: *(Desde adentro, fuerte)* ¡Esa paloma voló, Cabo, quizás saltó por la tapia del corral! ¡Déjeme asomarme para ver!

(El Padre vuelve a asomar la cabeza por la puerta y al ver la habitación sola entra y avanza rápido hacia el cuartucho)

CABO: *(Desde adentro)* ¡¡Soldado Trías, véngase...!! ¡¡Esto está más limpio que salón de lavandera y podemos estar en una trampa!!

(Regresa a escena con la Madre por delante, luego llega el Soldado rápido)

SOLDADO: *(Al Cabo)* ¡Desde lo alto de la tapia se ven a lo lejos candelas muy altas! ¡Esto por aquí va a arder!

CABO: *(Al Soldado)* ¡Cójase las provisiones! ¡En la cocina no hay más nada! ¡Ni aguardiente tienen estos hijos de poncha! *(A la Madre)* ¿Entonces? ¿No hay manera de que hables? ¡Tu hija o tus hijas se escondieron! ¿Y los machos? ¡Con Zamora, verdad? *(El Soldado se tuerce la boca con las provisiones)* ¡Debería darte un tiro para no dejar enemigos por detrás!

HERIDO: ¡Viene el enemigo! ¡El enemigo!

CABO: ¡Te llevaremos con nosotros! ¡Lo siento por ése! *(Muestra al Herido)* ¡El comandante sí te hará desembuchar, él sabe cómo hacerlo!

(Afuera, lejos, se oyen gritos, tiros y canciones)

SOLDADO: *(Asomándose a la puerta con inquietud)* ¡Federales! ¡Parece que vienen hacia acá!

(Los tiros y las voces aumentan)

CABO: ¡¡Nos pescaron, vieja maldita!! *(Da un empujón a la Madre y la empuja contra la pared. Luego se dirige al Soldado)* ¡¡Vamos, raso, no hay tiempo que perder!!! ¡¡Estamos en la trampa, corramos!! *(Desde la puerta a la Madre)* ¡¡Ya volveremos con una patrulla y van a saber lo que es bueno!! Sobre los

horcones de este rancho volarán los zamuros... Pero no se comerán a la muchacha... Ese manjar será para mí... ¡No faltaba más!

(Los tiros se reanudan. El Cabo y el Soldado huyen. El Padre sale del cuartucho)

MADRE: *(Dirigiéndose hacia la puerta y amenazándolos con el puño)* ¡Bandidos! *(Al volverse ve al Padre y se sorprende)* Ah, ¿dónde estabas metido? Pueden matarte...

PADRE: ¡¡Llevan mucho miedo!! ¿Y Gema? ¿Dónde está?

MADRE: La dejé aquí cuidándolo *(señala al Herido)* mientras preparaba los bastimentos en la cocina y cuando regresé no estaba... Fue mucho antes de llegar esos bandidos. Salí a la sabana y ni rastro de ella... Cuando volví a ver si habías llegado estaban ellos en el rancho...

PADRE: ¡Qué calamidad esa! *(Se acerca a la Madre y la palpa)* ¡Oí cómo te vejaron y te golpearon! ¡No tienen derecho!

MADRE: ¡Estaba con el alma en un hilo no fueras a llegar tú o Gema estando ellos aquí! ¡Dijeron tantas cosas feas!

PADRE: ¡Hay que buscarla sin perder un segundo! *(A lo lejos se reanudan los tiros y los gritos)* ¡Ya están peleando en firme! Si no la encuentro pronto, iré por los muchachos,

entre los tres daremos rápido con ella. ¿Para dónde iría?

MADRE: ¡Mi angustia nace de pensar que con su locura se le haya ocurrido irse para donde cree que está Zamora! ¡Todo ese monte es un solo peligro!

PADRE: Ella conoce los caminos y sabrá resguardarse. Cálmate... La traeré rápido... (*Va a salir*)

MADRE: ¡Iré contigo!

PADRE: Debes quedarte... Puede volver de un momento a otro... Además (*muestra al Herido*), él se está muriendo... Ya que lo trajimos aquí que muera aun cuando sea con un rezo.

MADRE: Tienes razón.

(*El Herido jadea y se queja sordamente*)

PADRE: Lo enterraremos en la sabana y nos iremos lejos. Lo más lejos posible. No podemos seguir viviendo entre zozobras, hambres y escondites. (*Se asoma afuera*) ¡Esos deben ir lejos! Ya traeré a Gema (*Sale rápido*)

MADRE: ¡La Virgen Santísima lo quiera así!

HERIDO: (*Con un murmullo*) Tengo frío.

MADRE: (*Arropándolo mejor con la cobija*) ¡Ni una vela hay para encendérsela! Ah, pero está la

luz del farol, la mecha es de sebo. (*Acerca el farol junto al Herido*)

HERIDO: (*Quedamente*) ¡Mamá! ¡Mamá!

MADRE: ¡Cálmate! ¡Tu madre vendrá luego!

HERIDO: (*Jadeante*) No siento las piernas... ¡Mamá!

MADRE: (*Yendo hacia la puerta*) ¡Dios mío, que no le ocurra nada malo a Gema! (*Vuelve donde el herido*) ¡Pobre muchacho! Rezaré para que los santos le traigan el alivio...

(*Se arrodilla y reza; a lo lejos se oyen descargas cerradas y el estampido de un cañón. El Herido se mueve nervioso, la Madre se incorpora y lo mira inquieta*)

HERIDO: (*Muy levemente*) ¡Mamá... la mano... dame la mano.

Luego le cruza las manos sobre el pecho.

(*La Madre le toma la mano y se la acaricia.*

El Herido muere. La Madre se santigua.

Luego le cruza las manos por el pecho, lo cubre todo con la cobija, y se queda inmóvil contemplándolo)

MADRE: Ya descansaste y tu madre no sabrá nunca lo que te ha ocurrido. Creerá que vives y te estará esperando siempre, como yo esperé a los míos. ¡Pobrecita! ¿Dónde estará ahora? Cuántas cosas no desearía para su hijo... Las madres sólo deseamos lo bueno para ellos.

Pero alguien inventa las guerras y es nuestra carne la que muere en ellas.

(La Madre va a al cuarto y trae un rosario. Llega Francisca, agitada, con un saco de viaje en las manos y un sombrero de cogollo en la cabeza con un paño negro)

MADRE: ¡Francisca! ¿Qué pasa?

FRANCISCA: *(Inquieta)* ¡Por mi caserío están guerreando desde esta tarde! ¡Aquello es horrible! ¡Todas las casas arden, y hay montones de muertos, ruinas!

MADRE: ¿Y los tuyos?

FRANCISCA: ¡Todos se fueron con los federales! ¡A los muchachitos los llevó Benigna hacia abajo! ¡Voy a unirme con ellos! ¡Qué de angustias he pasado! *(Ve al Herido)* ¡Ah! ¿Cuándo murió?

MADRE: ¡Hace poco! *(Francisca se santigua)* Y además, Gema está desaparecida... Salió hace rato y no se sabe adónde fue, Juan la busca.

FRANCISCA: ¿Juan?

MADRE: ¡Sí! Venía por bastimentos cuando se encontró con esa novedad... También nos registró el rancho una patrulla centralista...

FRANCISCA: ¡Deben irse pronto!

MADRE: Eso haremos después de sepultar a ese pobre muchacho.

(Se repiten nutridas las detonaciones y el tronar del cañón)

FRANCISCA: ¡Tengo que seguir, Benigna y los niños deben ir lejos, me angustia que pueda pasarles algo! Dile a Juan que estamos por el sur, en el Algarrobo, que nos busquen si ustedes bajan... ¡No se queden por aquí! *(Sale y grita desde afuera)* ¡No se queden!

MADRE: ¡No te preocupes, Francisca, nos iremos! *(Al muerto)* Estoy tan afligida que sólo me provoca llorar ¿Por qué todo esto? ¿Quién mueve tantos males para que el pobre perezca? Ah, mejor es rezar...

(La Madre se vuelve a arrodillar junto al catre y comienza a rezar en silencio. Llegan el Padre, Carlos y José Antonio, éste trae un brazo herido y medio vendado con un trapo sanguinolento)

PADRE: ¿Nada de Gema?

MADRE: *(Ve el brazo de José Antonio)* ¿Qué le pasó a José Antonio?

JOSÉ ANTONIO: Una bala perdida me alcanzó, creo que no es gran cosa...

PADRE: *(A la Madre)* ¡Cúralo rápido mientras que Carlos y yo escudriñamos palmo a palmo la

sabana a ver si damos con nuestra muchacha! Quiera Dios que la encontremos pronto... Estoy con el alma en un hilo... Hace años que no me asustaba... (*Mira el cadáver*) ¿Cuándo murió?

MADRE: ¡Hace poco!

PADRE: Lo enterraremos cuando volvamos con Gema.

CARLOS: Quizás no se halle lejos, el tiroteo pudo haberla sorprendido en algún chaparral y aguarda escondida a que todo pase...

MADRE: ¡Las ánimas benditas la protejan! (*Descubre la herida de José Antonio*)

PADRE: (*A la Madre señalando el cadáver*) ¡Amárralo en la cobija! (*A Carlos*) ¡Vamos rápido! (*sale seguido de Carlos*)

JOSÉ ANTONIO: (*Mientras la Madre lo cura*) Un cabo y un soldado centralista te vejaron, ¿verdad?

MADRE: (*Indiferente mientras busca un trapo y el pocillo con agua*) ¡Registraron el rancho! (*Limpia la herida de José Antonio*) La bala entró y salió, por poco te da en el hueso...

JOSÉ ANTONIO: ¡Te vejaron porque estabas sola!

MADRE: (*Tranquila*) ¡No fue gran cosa lo que me hicieron!

JOSÉ ANTONIO: ¡Te golpearon! ¡Papá nos lo dijo!

MADRE: ¿Para qué les contó eso? No fue nada...
(*Busca otro trapo y comienza a vendar la herida*) ¡No hay ningún remedio qué ponerte, ojalá no se encone!

JOSÉ ANTONIO: (*Con rabia*) ¿Les viste la cara?

MADRE: ¿Para qué? No quisiera encontrarlos más nunca en mi camino...

JOSÉ ANTONIO: ¡Yo sí! ¡Y los encontraré, estoy seguro!

MADRE: ¡No valen la pena! ¡Únicamente debemos pensar en irnos lejos de todo esto! ¡Ya me da miedo seguir aquí! ¡A Francisca y su gente les quemaron los ranchos y andan huyendo! ¡Le pediré a Juan que también nos marchemos ahora mismo!

JOSÉ ANTONIO: Cuando aparezca Gema les diré si los acompaño...

MADRE: ¿Cómo es eso? ¿Qué quieres decir?

JOSÉ ANTONIO: Al sentirme herido cuando me estoy escondiendo como un conejo me dio rabia...
¡Bonita herida de guerra! Dime una cosa
¿Los muchachos adonde Francisca también han huido?

MADRE: No sé, tal vez sí... Son apacibles, nunca se meten en nada...

JOSÉ ANTONIO: ¡Pero los otros se han metido con ellos! ¡Seguro que ya están peleando! ¡Y yo con una herida en un brazo por esconderme, mientras unos forajidos abusaban de ti y mi hermanita anda perdida!

MADRE: Lo hacías por la familia...Eres mi hijo y te quiero vivo... (*Señala hacia el camastro*) Fíjate en él... ¿Qué ganó? ¿Para qué lo criaron sus padres? Otro hombre lo mató en una sabana que él quizás nunca había oído nombrar...

JOSÉ ANTONIO: ¡Tú has sido una mujer conforme, mamá!

MADRE: ¿Qué más me queda por hacer? ¡El país no se compondrá por más muertos que haya! (*Deja vendado el brazo de José Antonio*)

JOSÉ ANTONIO: Carlos me ha dicho que estos muertos serán los últimos, luego habrá prosperidad...

(*La Madre amarra la cobija en los pies y la cabeza del muerto*)

MADRE: Carlos tiene sus ideas, pero no creo eso... Aunque a veces..

JOSÉ ANTONIO: ¿Qué?

MADRE: Viendo las tropelías que se cometen contra los pobres; cuando sé de tantas maldades regadas por los fuertes, pienso que es preferible seguir a esos que buscan la justicia...

Pero, ¡no! ¡Vayámonos bien lejos! ¡Me aterra pensar que a ustedes pueda ocurrirles algo! (*Señala hacia el catre*)

JOSÉ ANTONIO: ¡Las guerras y las cárceles se han hecho para los hombres!

MADRE: ¡Para las bestias diría yo!

(*Afuera se oye la voz del Padre gritando*)

PADRE: (*Desde afuera*) ¡¡ José Antonio, van acá!

JOSÉ ANTONIO: (*Gritando mientras sale hacia fuera rápido*) ¡¡Allá voy!! ¡¡Allá voy!!

MADRE: (*Inquieta al ver salir a José Antonio*) ¡Dios mío, tenemos que irnos de esto, ya! (*Rápidamente toma el farol y va hacia la puerta tratando de escrutar la oscuridad, pero no alcanza a ver nada. Preocupada deja el farol sobre la mesa y va al cuarto de donde saca una sábana, la extiende sobre el piso y luego va colocando sobre ella algunos objetos, con ánimo de envolverlos. Siéntense voces y pasos afuera; toma de nuevo el farol y va a la puerta. Llegan el Padre, Carlos y José Antonio, traen el cuerpo de Gema en una parihuela improvisada con palos y ramas*) ¡Ah! ¿Qué le ocurrió a nuestra muchacha? ¡Díganmelo pronto! ¡Díganmelo!

JOSÉ ANTONIO: ¡Mamá, pobre mamá!

MADRE: (*Viendo a Gema*) ¡Hijita! ¡Hijita!

PADRE: (*Con voz ronca*) ¡Guadalupe! ¡Gema está muerta! ¡La encontramos cerca del río!

MADRE: (*Inclinándose y palpando a Gema*) ¡Está herida nada más, Juan, está herida! ¡Tiene aún las manos calientes!

PADRE: (*Grave*) ¡Nos la mataron, Guadalupe!

MADRE: (*Mientras el Padre y Carlos depositan la parihuela en el suelo*) ¡Tiene la ropa destrozada, la cara golpeada! ¡Pobre mi hijita!

PADRE: (*Con profunda amargura*) ¡La ultrajaron! ¡Creyeron que era de las mujeres que están con los federales! ¡Una cantinera! ¡Qué sé yo!

CARLOS: (*Mostrando un pedazo de papel*) Junto a ella encontré este papel, dice: «vagabunda federalista...!»

MADRE: ¡Gema era buena y pura! ¿Por qué le hicieron eso? (*Besa y acaricia a Gema*)

PADRE: (*De pie y conteniendo todo su dolor*) ¡Cortaron mi lirio! (*Hay una pausa densa; el Padre mira como si fuera por primera vez toda la estancia; luego habla a José Antonio.*) ¡Busca yesca! ¡Rápido!

(*José Antonio va hacia la cocina*)

CARLOS: (*Lloroso*) ¡Tengo la culpa de lo que ha sucedido! ¡No he debido esconderme! ¡Soy un cobarde!

PADRE: (*A Carlos*) ¡Cállate y ayúdame!

(*Toma el cuerpo del brigadier y ayudado por Carlos lo coloca en el suelo junto a Gema, desamarra la cobija, la saca y con ella cubre los dos cuerpos. La Madre se arrodilla junto a ellos y reza y llora en silencio*)

CARLOS: (*Al Padre*) ¿Qué piensas hacer?

PADRE: (*Mientras toma un machete y camina hacia la sabana*) ¡Aguárdenme!

(*Carlos va y se arrodilla junto a su Madre*)

MADRE: ¡El corazón se me ha ido!

(*Entra José Antonio con la yesca*)

JOSÉ ANTONIO: (*Tocando levemente en el hombro a Carlos.*) ¿Y papá?

CARLOS: Salió con el machete, dijo que lo esperaríamos aquí...

JOSÉ ANTONIO: (*Viendo el cuerpo de Gema*) ¡Todo esto ha pasado por habernos escondido! ¡Uno de los dos ha debido quedarse aquí, aunque ocurriera lo que ocurriera!

MADRE: (*Lastimera*) ¡Nadie tuvo la culpa! ¡No me hagan sufrir más! ¡Es esta guerra la que tiene la culpa!

JOSÉ ANTONIO: (*Sentándose en un taburete y tomándose los cabellos con las manos*) ¡Los cobardes como yo deben morirse! ¡Sí! ¡Morirse!

MADRE: (*Incorporándose y acercándose a él*) ¡Pien-
sa en mí, en tu padre! ¡Ahora que estamos
más solos debes portarte mejor!

JOSÉ ANTONIO: ¡Nunca podré olvidar que soy el cul-
pable de lo que le ha pasado a mi hermanita!

CARLOS: (*Poniéndose de pie, violento*) ¡Tú solo no!
¡Yo también! (*Cerrando los puños*) ¡Pero ma-
taré a quienes lo hicieron! ¡Así sean cien...
mil... muchos miles!

MADRE: ¡Nadie hará nada! ¿Hasta cuándo tantos
males? Abriremos dos fosas en la sabana,
pondremos dos cruces y algunas piedras y
luego nos marcharemos hacia donde Juan
diga. (*Lastimera*) Si pudiéramos llevarnos
su cuerpo...

CARLOS: ¡No me iré huyendo nunca!

MADRE: ¡Cállate, Carlos! ¡Soy tu madre y te rue-
go que te calles! Ya perdimos a Gema y no
quiero quedarme más sola; el corazón se me
está encogiendo y si alguno de ustedes nos
abandona creo que cesará de latirme... Y en-
tonces ¿qué hará tu padre?

CARLOS: ¡Mamá, no sabes cómo tengo la sangre, son
brasas las que me andan por ella! ¡Sólo quiero
matar a muchos!... ¡Matar!

MADRE: ¡Yo pediré a Dios que aplaque tu ánimo!

(*Entra el Padre, trae tres palos recién corta-
dos, largos, lisos, los recuesta de la pared*)

PADRE: (*A José Antonio*) ¿Trajiste la yesca?

JOSÉ ANTONIO: ¡Sí, aquí está! (*Le muestra la yesca*)

PADRE: (*Cortante*) ¡Recoge bastante paja seca, la colocas cerca del rancho y le pegas la candela! (*A la madre, señalándole la sábana donde ella ha comenzado, antes, a envolver algunos corotos*) ¡Envuelve bien eso y trae un chinchorro! (*A Carlos*) ¡Tú, Carlos, consigue en el corral una camaza y la llenas de agua! (*La Madre, Carlos y José Antonio miran indecisos al Padre, éste los contempla sereno pero con energía les dice*) ¡Anden! ¡Hagan lo que les he ordenado!

(*La Madre va al cuarto, Carlos hacia la cocina y José Antonio afuera; el Padre aparta el catre y los taburetes, coloca la mesa cerca de los cuerpos y sobre ella el farol, luego los mira detenidamente y se santigua. Entra José Antonio.*)

JOSÉ ANTONIO: ¡Ya le di candela a la paja!

PADRE: ¡Está bien!

(*Entra la Madre con un chinchorro y algunas prendas de vestir, coloca todo sobre la sábana y comienza a envolverla hasta hacer un bojote pequeño, llora en silencio*)

JOSÉ ANTONIO: (*Asomándose otra vez a la puerta*)
¡Ya el viento barinés aviva la candela! (*Se advierte por la puerta un resplandor rojizo*)

MADRE: (*Cobrando conciencia de lo que José Antonio ha hecho*) ¡Qué han hecho! ¡Se quemará el rancho! ¡Es nuestro rancho!

PADRE: (*Con dura gravedad*) No lo necesitaremos... Además, no es nuestro, como no es nuestra la tierra que pisamos, ni la papa, ni el aire, ni nada...

(*Entra Carlos, trae una camaza con agua, provista de su cuerda, y un porsiacaso lleno de comestibles*)

MADRE: (*Acercándose a la puerta y mirando hacia fuera inquieta*) ¡Hay llamas altas, qué locura haber hecho ese fuego! ¡Arderá hasta el conuco!

PADRE: (*Seco*) ¡Mejor! (*A los hijos*) ¡No se muevan de aquí, ya vuelvo! (*Con el machete va hacia la cocina y el corral*)

JOSÉ ANTONIO: (*Iracundo*) ¡Quisiera que toda la tierra de los ricos se quemara!

CARLOS: ¡Tendría que arder el mundo!

MADRE: ¡Me voy a morir de angustia!

(*Entra de nuevo el Padre trae en las manos tres lanzas de hierro mohosas; toma los palos que antes había recostado contra una de las paredes y en sus puntas va colocándolas con fuerza. Una vez puestas todas da un palo con su lanza a Carlos, otro a José Antonio y deja uno para sí*)

CARLOS: ¿Qué significa esto?

JOSÉ ANTONIO: ¿De dónde sacaste estas lanzas?

PADRE: (*Grave*) Las enterré en el solar hace muchos años... Son de cuando la Independencia. Ni a los dos hijos mayores les dije nunca que las tenía... No deseaba que se volvieran a usar...

MADRE: ¿Se te ha extraviado la razón, Juan?

PADRE: (*Grave, y conteniendo su pena*) ¡Creí que podíamos ser ajenos a esta guerra, pero también nos ha herido a nosotros! ¿Por qué? ¡No hay sino una razón: porque somos pueblo! ¡Quise ser bueno, Dios y ustedes lo saben...!

MADRE: ¡Y has sido bueno, Juan!

PADRE: ¡Con nadie me he metido, ni aun para defenderme! ¡He respetado las leyes y he sido sumiso hasta a los atropellos!

CARLOS: ¡Todos hemos sido sumisos! ¡Demasiado sumisos!

PADRE: ¡Cuando nos han golpeado he bajado la cabeza! Pero... ¡Hay que tomar otro camino! ¡Todos los campesinos y hambrientos como nosotros están en pie! ¡Por dondequiera luchan los pobres!... ¿Y qué somos nosotros? Ya no hay otra alternativa sino conseguir la justicia o morirnos, y para morir nacimos...

(A la Madre) ¡Tú, Guadalupe, irás hacia abajo, allá en El Algarrobo te recibirán, aunque sea un plato de comida tendrán para ti!

MADRE: *(Turbada)* ¡Y ella, y él?.. *(Muestra los cuerpos de Mérez y Gema)*

PADRE: ¡No hay necesidad de enterrarlos! ¡El rancho los cubrirá con sus cenizas!

CARLOS: *(Al Padre, con los ojos llenos de ansiedad)*
¿Y nosotros?

PADRE: ¡Qué pregunta la tuya! Buscaremos la tropa del pueblo. ¡Nos iremos con ese Ezequiel Zamora! Tras su caballo se aclarará nuestro destino.

(Carlos y José Antonio aprietan tensos las lanzas. La Madre mira a Gema, luego toma el bojote que ha hecho y se lo coloca sobre su espalda)

JOSÉ ANTONIO: *(Afuera se oyen tiros, José Antonio se mueve hacia la puerta curioso)* ¡Las llamas rodean el rancho, ya el techo cogió candela!

(Comienza a entrar por la puerta un humo denso)

PADRE: *(Enérgico)* ¡Entraremos en el incendio!
¡¡Vamos!!

(Carlos se tercia el porsiacaso y da la camaza a José Antonio, quien se la cuelga en un hombro)

MADRE: (*Cubriéndose la cabeza con el paño y dirigiéndose a los tres hombres con palabra voluntariosa*) ¡No iré hacia el Algarrobo!

JOSÉ ANTONIO: ¿Por qué?

CARLOS: (*A la Madre*) ¿Qué harás entonces?

MADRE: (*Dura, fría*) ¡Marcharé con ustedes, eso haré! ¡Una madre no puede abandonar nunca a los suyos, pase lo que pase! Si hay que arder en esa inmensa hoguera, arderemos juntos.

(*El humo sigue invadiendo el rancho, esta vez hasta por detrás. Los tres hombres con las lanzas empuñadas y tensos miran sorprendidos a la Madre*)

CARLOS: (*Vacilante*) ¡Mamá!

MADRE: (*Seca*) ¡Compréndanme! ¡¡Vamos!! (*Camina hacia afuera*)

PADRE: (*Mirando con asombro a los hijos*) ¡Vamos!

(*Siguen en fila india a la Madre que sale. A lo lejos vuelven a oírse los tiros y la canción de los federales acercándose como un torrente. El humo y las llamas invaden el rancho mientras afuera se oye cantar*)

«¡El cielo encapotado
anuncia tempestad!

¡El cielo encapotado
anuncia tempestad!

¡Y el sol tras de las nubes
pierde su claridad!

¡Oligarcas, temblad!
¡Viva la libertad!

¡Oligarcas, temblad!
¡Viva la libertad!»

El telón va cerrándose lentamente.

FIN DE LA OBRA



**Alcaldía
de Caracas**

Jorge Rodríguez
Alcalde

Freddy Náñez
Presidente de Fundarte

Consejo Directivo
Gustavo Pereira
Alberto Rodríguez Carucci
Zuleiva Vivas
Nelson Guzmán
Carlos Tovar
Saúl Rivas Rivas
Xavier Sarabia

Secretaria General (E)
Yusbely Ramírez

Gerente de Publicaciones
Kelvin Malavé

Otros títulos

- 1.- *Lo que dejó la tempestad*
- 2.- *Oscéneba*
- 3.- *La fiesta de los moribundos*
- 4.- *La esquina del miedo / La sonata del alba*
- 5.- *Apacuana y Cuaricurian*
- 6.- *Un tal Ezequiel Zumora*
- 7.- *Los hombres de los cantos amargos*
- 8.- *Esa espiga sembrada en Carabobo*
- 9.- *Curayú o El Vencedor*
10. *Buenaventura chatarra*
- 11.- *Joaquina Sánchez*
- 12.- *María Rosario Nava / Manuelote*
- 13.- *¿Por qué canta el pueblo? / Harapos de esta noche*
- 14.- *Las mariposas de la oscuridad*
- 15.- *El vendaval amarillo*

La Guerra Federal, cuya figura cimera pero efímera fue el legendario Ezequiel Zamora, constituyó la explosión de un país que acumuló un insostenible saldo de injusticia social y de desigualdad económica y política, por obra de la oligarquía que aniquiló el proyecto de país bolivariano en 1830. El gran año de la Guerra Larga fue el de su inicio: 1859, cuando el Jefe del Pueblo Soberano vio aglomerarse bajo su mando un verdadero ejército popular revolucionario dispuesto a todos los heroísmos por las banderas de la justicia y la democracia que encarnaba el federalismo zamorano. Apenas semanas luego de la aplastante derrota del ejército centralista oligarca en Santa Inés, el 10 de diciembre, Zamora murió atravesado por una bala misteriosa el 10 de enero de 1860. Juan Crisóstomo Falcón conduciría mediocrementemente una guerra de desgaste hasta 1863, cuando firmará en Coche el pacto entre las dos oligarquías para redistribuirse el poder. Como es su estilo, César Rengifo se aparta de los frontispicios románticos para enfocar su mirada microscópica sobre el menudo tejido existencial en que sus seres llanos, invisibles para la gran historia, sufren en carne propia los rigores de la guerra civil y dilucidan en medio de la desgracia las vacilaciones de su propia conciencia.

ISBN 978-980-253-470-8



9 789802 534708



Alcaldía
de Caracas



Gobierno
CAPITAL



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela



Pueblo Victorioso

Colección Biblioteca César Rengifo - N° 6